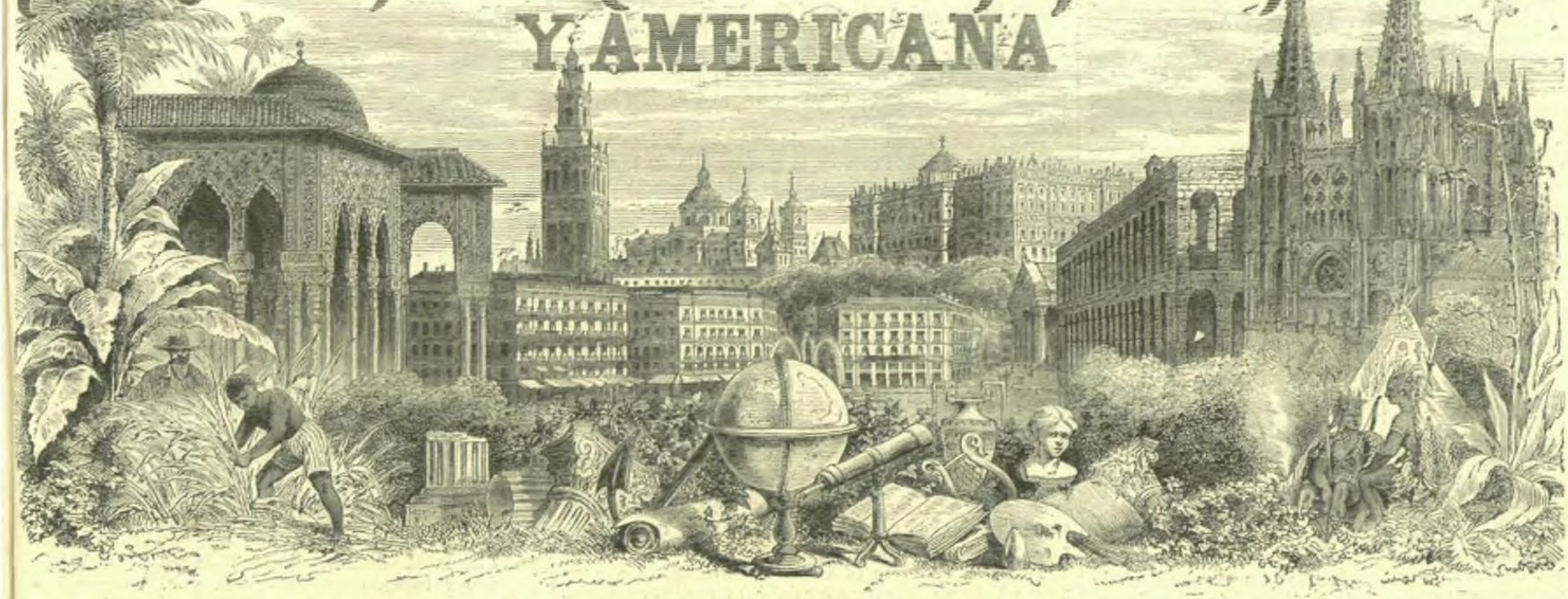
LA ILUSTRACION ESPAÑOLA
Y AMERICANA



MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,640 reis; seis meses 3,290; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 21.

Setiembre 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50;—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—EN LAS DEMAS AMERICAS Y FILIPINAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

LA GUERRA.—AMBULANCIA DE LA PRENSA FRANCESA, AL PASAR POR REIMS.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica, por don Julio Nombela.—La cancion á las ruinas de Itálica, por don José Selgas.—El vice-almirante Bouet-Willaumez.—El arco de Bara (continuacion), por don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.—Las cañoneras del Sena.—El bosque de Boulogne.—La caridad en la guerra.—El castillo de Sant-Angelo.—Combate en Strasburgo.—El general Legrand.—El conde Roberto de Vogué.—Proclamacion de la República en el Cuerpo legislativo de Paris.—La Cruz de hierro.—De la poesía tradicional en Portugal y Astúrias, por don José Amador de los Rios.—La fe del amor (continuacion), por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Advertencia.

GRABADOS.—Ambulancia de la prensa francesa.—El almirante Bouet-Willaumez.—Cañoneras del Sena.—Campamento francés en el bosque de Boulogne de Paris.—Hatos de ganado invadiendo el Bosque.—La caridad francesa con los heridos.—El castillo de Sant-Angelo en Roma.—General Legrand.—Conde Roberto de Vogué.—Combate en Strasburgo.—Proclamacion de la República francesa en el Cuerpo legislativo de Paris.—Condecoracion prusiana para las guerras con Francia.

CRÓNICA.

Una gran leccion.—Tres grandes batallas.—La destruccion de un imperio.—Un rey y un pueblo unidos.—Ultimos sucesos.—Un tercer acto de tragedia.—Sainete.

¡Qué gran leccion! ¡Es realidad y parece un sueño! Un mes ha bastado para destruir un imperio, el más grande de los tiempos modernos; un mes ha bastado para que una nacion poderosa, llena de vida y de soberbia, haya quedado destruida.

Los acontecimientos son demasiado trascendentales para que no les consagre toda su atencion el imperioso espíritu analítico de nuestra época.

Los periódicos diarios, auxiliados por el telégrafo como una batería eléctrica, descargan golpe sobre golpe, emocion sobre emocion.

Sobrecogido el ánimo, pasa del horror á la admiracion, de la piedad al entusiasmo.

No hay que olvidar el telégrama del rey Guillermo á la reina Augusta, al anunciarle la capitulacion del ejército de Mac-Mahon y el arresto de Napoleon Bonaparte:

«¡Qué cambios, exclamaba, ha operado en tan breve tiempo la Providencia divina!»

Es preciso ser ciego, es preciso una delirante soberbia para no ver en todo lo que ha sucedido la mano de la Providencia.

En los momentos en que trazo estas líneas, los prusianos rodean á Paris, un cuerpo de ejército avanza sobre Lyon, otro presencia impasible la agonía de Metz, otro contempla el desdichado é inútil heroismo de Strasburgo, por las llanuras y los bosques de la Alemania, avanzan en medio de los cánticos de triunfo nuevos soldados, formidables columnas que con paso magestuoso acuden á completar la obra de la Prusia de 1870, obra que será el asombro de las generaciones futuras.

Sí; en el espacio de un año han acaecido tres acontecimientos enlazados de una manera prodigiosa por la Providencia, tres acontecimientos que cambiarán la faz del mundo, y basta recordarlos para impresionar fuertemente al lector:

La apertura del Istmo de Suez.

El Concilio ecuménico.

El triunfo de la Prusia.

Obsérvense sin pasion estos tres sucesos, y se verá claramente que representan las tres grandes batallas que podian salvar la sociedad moderna.

Representa el primero el triunfo del trabajo, ley divina y única base de la prosperidad material de los pueblos.

Representa el segundo el triunfo de la fe sobre los míseros errores del racionalismo, de lo que la soberbia humana llama ciencia moderna.

Representa el tercero el triunfo del derecho, sobre ese mónstruo que lo perturba todo, que lo trastorna todo, que lo destruye todo y se llama la Revolucion europea.

∴

Preciso es cerrar los ojos á la luz para no ver en la sucesion de estos portentosos acontecimientos el valladar, el obstáculo de ese torrente impetuoso que desde hace un siglo corre devastando los terrenos que inunda y fascinando al mismo tiempo con los cambiantes de su espumosa superficie, con los murmullos de su inagotable corriente.

Hemos llegado al período más importante, más crítico, no del siglo, sino de la Europa. Se abre una nueva era, una época de trasformacion: el Norte nos invade de nuevo; pero esta vez viene á recordarnos lo que aprendió de nosotros en su primera invasion, lo que hemos olvidado.

Hoy, los descendientes de Atila, despues de un trabajo silencioso, constante, inmenso, grandioso, abandonan los muros de Berlin, se extienden por la Alemania y llegan al centro, al corazon de Europa; no sólo á vencer á Francia, á destruir un imperio—esa es una desgracia que constituye para la humanidad un detalle en esta gran epopeya—; llegan á decir á la Europa, al mundo entero:

—Esto es lo que resulta de la union íntima entre un rey y un pueblo; esto es lo que resulta de la union del derecho con la justicia: la razon y la fuerza fundidas, una nacion con una cabeza, un corazon y 38 millones de brazos.

Con efecto, el espectáculo que ofrece Prusia en su marcha triunfal, es una leccion y un gran ejemplo.

Es el total de una multitud de cantidades homogéneas en el fondo, heterogéneas en la forma; es el resultado paciente y sabiamente concebido, paciente y sabiamente ejecutado por un pueblo estrechamente unido con su rey para llevarle á cabo; porque su realizacion le ofrecia su mayor grado de esplendor y de gloria.

∴

Quizá la grandeza, la magnitud de los sucesos que me impresionan, me hacen exajerar: no lo creo sin embargo.

Yo veo á Federico el Grande conversando con su amigo Voltaire, me parece asistir á aquellas espansiones de dos hombres que tenian en su inteligencia los gérmenes de la conservacion el uno, de la destruccion el otro; éste de la revolucion, aquel del derecho.

Mientras Voltaire preparaba la revolucion del 92, Federico el Grande creaba el ejército que debia destruirla.

Aquél, hacia de los hombres demagogos.

Este, hacia de los hombres soldados.

Aquél, enseñaba la soberanía y la desobediencia.

Este, enseñaba el respeto y la disciplina.

Riñen las primeras batallas, y la revolucion triunfa trasformada en el primer imperio francés.

Waterlóo es una leccion que el mundo desperdicia.

Rotos los vínculos de la sociedad, la revolucion se ingiere por todas partes y triunfa en Francia, y triunfa en Italia, y triunfa en España.

Los tronos caen, las pasiones se desencadenan, las conspiraciones se suceden, el socialismo nace al calor de una fórmula de Proudhon, la religion se debilita y se extingue, la sed de goces se apodera de la humanidad; la Francia, corazon y cerebro del mundo civilizado, recibe el segundo imperio; y Napoleon, para hacer olvidar su advenimiento, ofrece á su pueblo una continua orgía.

En la locura, en el delirio, los goces se apuran, las exageraciones triunfan, se embriagan los soldados con las batallas de Crimea y de Italia, se embriagan los filósofos con las blasfemias de Renan, se embriagan los ociosos con el excepticismo de las novelas de Jorge Sand, con el materialismo de las de Flaubert, con el idealismo del vicio de las de Dumas, hijo, se embriaga la juventud con el Can-Can, y los placeres asquerosos de la *Clausserie de Lilas*, de la *Patte du Chat*, se embriagan las masas con las utopias del derecho al trabajo, con las emociones de las huelgas, con los absurdos del socialismo; todo es orgía, todo es fiebre, todo es delirio.

En vano los descalabros de Méjico y las veleidades religiosas de Napoleon le amenazan, en vano su conciencia le grita; para acallar su conciencia hace hablar al sufragio universal.

No le basta, y en el letargo que sigue á la orgía, sueña que despues de arrastrar á la Francia á la Guerra, vuelve á Paris al frente de un ejército victorioso á asegurar su dinastía.

El despertar de este sueño ha sido horrible.

La justicia de Dios se ha cumplido.

Una serie de equivocaciones ha llevado la Francia al abismo, y ahora ve el mundo que mientras la Francia gozaba, Prusia pensaba; mientras la Francia dormia, Prusia velaba; mientras la Francia agotaba sus fuerzas, Prusia ejercitaba las suyas.

Europa asombrada ante el lujo de genio y de fuerza que ha desplegado la Prusia, ve hoy en este gran pueblo, que aparece entre las tinieblas del Norte, al vencedor, no de la Francia, sino de la Revolucion europea, de la Revolucion universal.

La última trinchera de ésta, su última hipocresía, era Napoleon, era el imperio francés.

Despues de quitarle la máscara, la ha dejado convertida en la República francesa del 4 de Setiembre.

¡Qué horrible sarcasmo!

No firmará la paz disfrazada de Imperio: lo hará con su mano de República y luego se extinguirá, porque nada hay que pueda hacer pensar que la República del 4 de Setiembre sobrevivirá á la paz.

Y si sobreviviera, tanto peor para Francia y para los pueblos que la imiten.

∴

Pero desentendiéndonos de estas consideraciones observemos á la Prusia que se revela al mundo de una manera tan portentosa.

¿Cómo ha llegado al triunfo? Por medio de la fe, del derecho y de la ciencia.

—No puede haber una monarquía regida por el sistema preventivo en que la civilizacion no muera sofocada bajo el peso abrumador del poder personal, exclaman los revolucionarios.

—Pues bien; puede contestárseles: ahí teneis á la Prusia que destruye por su base ese argumento.

Desde Federico el Grande, sigue Prusia una política tradicional.

Convencido el actual rey, como sus antecesores, de que el poder de las naciones resulta de la armonía más completa, no han hecho durante muchos años más que prepararse para ofrecer el espectáculo de una gran verdad práctica.

Difundiendo la educacion han convertido á sus súbditos por medio de la enseñanza en hombres inteligentes; preparado el terreno, han sembrado la semilla de la obediencia; siguiendo la ley natural, han querido y logrado que la cabeza y el corazon impriman un solo movimiento á todos los miembros del cuerpo social; encarnado el respeto, extinguidos los gérmenes de la revolucion en su propia casa, identificados rey y súbditos, ha podido el primero hacer de los segundos aguerridos soldados, no para sostener la discordia interior, sino para presentarse al mundo como una sola voluntad, como un solo cuerpo.

¿Y podrá decirse que el rey Guillermo desdeña las ciencias y las artes?

Su plan de guerra y la sábia y correcta ejecucion de este plan; la organizacion de su ejército; su asombroso material de guerra, todo representa el total de los adelantos del siglo XIX.

Atribúyese á Napoleon vencido esta frase:

—«Ni en diez años hubiera yo podido preparar todo lo necesario para poner la Francia á la altura militar de la Prusia.»

Y la Prusia ha hecho sus trabajos sin ruido, con modestia, con tranquilidad, con perseverancia; y ha estudiado el país enemigo con un lujo de esmero que pasma, y á pesar de todo ha hecho lo posible para evitar la guerra.

Confesemos los que no conocíamos las cualidades esenciales de la Prusia, los que esperábamos del vigor y del ostentoso progreso de la Francia el triunfo de esta última nacion; confesemos admirados cómo se manifiesta en el mundo la Justicia Divina, cómo los pueblos llegan á su apogeo cuando les anima la fe, y cómo caen cuando el excepticismo corroe sus entrañas.

∴

Pero descendamos de la esfera de las ideas á la de los hechos.

Haciendo crónica, necesito, para que el lector excuse mis digresiones, condensar los últimos sucesos. Strasburgo, Toul y algunas otras plazas fuertes de Francia resisten á sus sitiadores: Bazaine permanece encerrado en Metz. Entre tanto los prusianos cercan á Paris y ocupan militarmente la Francia. Bajo el peso de los ejércitos del rey Guillermo, la República francesa anhela la paz, y para facilitarla reconoce que no puede imponerse, convoca una Asamblea Constituyente, y mientras con una mano contiene á los demagogos de Paris, con la otra pide una paz, lo ménos costosa posible, alegando que los que hoy son poder no quisieron la guerra.

Pronto han olvidado que el populacho, aplaudiendo á Napoleon, le gritaba: «á Berlin;» pronto han olvidado cómo trataban las masas á los previsores ciudadanos que abogaban en favor de la paz.

La diplomacia hace esfuerzos para que termine la guerra, segun dicen sus heraldos: la diplomacia lo que hace, en mi opinion, es buscar, con todas las formas que la caracterizan, el mejor modo de sacar partido en beneficio propio de las desdichas de la Francia.

Ella ha podido evitar el atentado de Víctor Manuel: ella ha debido demostrar á ese monarca, débil contemporizador, á ese soberano que cree posible poder vivir á un tiempo en perfecta armonía con Dios y con el diablo, con el derecho y con la revolucion, el abismo que abria á sus piés, las complicaciones que po-

dian surgir de su impaciencia y su ambicion, y acaso habria evitado el triste espectáculo del triunfo momentáneo de la fuerza, del despojo á mano armada, de la profanacion descarada de la monarquía más antigua del mundo, é hipócrita del poder espiritual del Sumo Pontífice.

Pero no importa; sobre los escombros de la Italia revolucionaria volverá á levantarse la Silla de San Pedro, y el rey que adula á Mazzini y á Garibaldi llorará sus errores al lado de Napoleon III.

Por todo lo expuesto, la situacion de Europa parece un tercer acto de trajedia; lo que no obsta para que los fondos de España suban, el lujo aumente, los espectáculos públicos estén concurridísimos y vivamos tranquilos sobre el volcan de la interinidad.

***

Una frase y concluyo:

Hace dos ó tres dias se comentaba en un círculo la fantástica influencia que ejercen los hulanos de Prusia sobre las poblaciones que visitan.

—Parece mentira, decia uno, pero sólo cuatro hulanos se apoderaron de Nancy.

—Y diga usted, ¿de cuántos regimientos consta un hulano? preguntó una señora que formaba parte del círculo.

Esta cándida pregunta es el mayor elogio que puede hacerse de los valientes exploradores del ejército aleman.

JULIO NOMBELA.

LA CANCION Á LAS RUINAS DE ITÁLICA.

«La *Gaceta de Madrid* cree prestar un servicio á las letras españolas publicando las notables *Cartas* que el escritor sevillano don Antonio Sanchez Moguel ha dirigido al insigne literato don Juan Eugenio Hartzenbusch, sobre que la célebre *Cancion á las ruinas de Itálica no es ni en todo ni en parte de Rioja.*»

Despues, el órgano oficial del Gobierno hace el elogio de las cartas y del autor, advirtiendo, para mayor alabanza, que éste es un jóven que escasamente cuenta veintitres años de edad, y añade:

«Todas estas circunstancias hacen que el diario oficial del reino se apresure á publicar estas Cartas, esperando que la prensa de todos matices se ocupe de ellas, y no sin advertir que son en mucho anteriores, como por su sola fecha se ve, al trabajo que tocante al mismo asunto ha hecho el señor Fernandez Guerra há poco tiempo...»

Verdaderamente no es la *Gaceta de Madrid* el periódico que goza de más autoridad en asuntos de esta especie, pues su índole, su carácter y su objeto lo alejan naturalmente del mundo de las letras, y nunca, que sepamos, se ha distinguido, ni ha pretendido distinguirse por su literatura. No es tampoco el periódico más propio para el caso, pues formando su verdadera redaccion los centros políticos y administrativos de donde salen los decretos, órdenes y disposiciones que debe publicar, el número de sus lectores queda reducido á unas cuantas personas por lo comun poco aficionadas á estudios literarios. Mas sea como quiera, es justo agradecerle el buen deseo que manifiesta, cuando entre tantos periódicos más competentes y más á propósito para dar á conocer las ignoradas investigaciones de tan jóven erudito, ni uno solo se ha anticipado á la *Gaceta*. Quizá ignoraban el descubrimiento, ó tal vez no han querido ó no han sabido darle toda la importancia que merece.

Es cosa definitivamente averiguada que la famosa *Cancion á las ruinas de Itálica no es ni en todo ni en parte de Rioja*, sino del licenciado Rodrigo Caro, á quien pertenece en *parte* y en todo, y de la que se puede decir que fué autor dos veces, pues la hizo en 1595, á los veintidos años de edad, y la refundió diez y ocho años despues, dejando en ella una obra admirable.

Averiguado que la *Cancion á las ruinas de Itálica* pertenece á Rodrigo Caro, y de ningun modo á Rioja, como se ha creido por espacio de muchos años, se nos ofrece otra cuestion de la misma especie, á saber: ¿á quién pertenece la gloria de esta averiguacion literaria? ¿Al señor Sanchez Noguel ó al señor Fernandez Guerra? Conviene aclarar este punto, disipando toda oscuridad, para que los eruditos y sábios del siglo que viene no se quemen las cejas en penosas investigaciones, cuando nosotros, testigos del caso, podemos dejar el punto fuera de duda, sin registrar bibliotecas ni revolver códices.

Las *Cartas* del señor Sanchez Noguel que comenzó á publicar la *Gaceta* del dia 8 de setiembre del presente año de 1870, llevan la fecha del año anterior 1869; y en efecto, en ellas se demuestra que la *Cancion á las ruinas de Itálica no es ni en todo ni en parte de Rioja*. De las fechas en que las *Cartas* del señor Noguel aparecen escritas, hasta la fecha en que las ha publicado la *Gaceta de Madrid*, hay la diferencia de diez meses poco ménos, y es un dolor que se nos haya tenido cerca de un año, ignorando que Rodrigo Caro fué el autor de la *Cancion á las ruinas de Itálica*; pues aunque dichas Cartas comenzaron á publicarse en *El Porvenir* de Sevilla el 3 de diciembre de 1869, y en la *Revista Literaria* de la misma capital el 1.° de abril del presente año, no alcanzaron por lo visto toda la publicidad necesaria, pasando inadvertidas, á lo que se ve, porque no acabaron de publicarse.

Pero hé aquí que el dia 30 de marzo de 1870, el señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe lee en la Academia Española un informe, en que prueba con datos irrecusables, algunos de ellos desconocidos hasta entonces, que la *Cancion á las ruinas de Itálica —ya original, ya refundida—no es de Francisco de Rioja*. Trabajo que la Academia, en sesion del dia 12 de Mayo siguiente, acordó publicar en union de los cinco diversos ejemplares de la *Cancion* puesta en litigio, para deleite y enseñanza de los estudiosos.

El que lea atentamente el clarísimo, breve y bien ordenado informe del señor Fernandez Guerra, y repare con igual atencion en las Cartas del señor Sanchez Noguel, observará, prescindiendo de la identidad del asunto y de la comunidad de los datos, cierta semejanza en las apreciaciones, cierta analogía en el plan y cierta correspondencia en las ideas, que inducen á sospechar si la verdadera indagacion se habrá hecho por uno y se habrá escrito por dos.

No es inverosímil que, tratándose de un punto tan interesante y por tanto tiempo puesto en duda, ambos hubiesen coincidido en el honroso empeño de esclarecer la verdad despojando á Rioja de una gloria que corresponde entera á Rodrigo Caro. Mas cuesta trabajo admitir la verosimilitud de que hayan coincidido en todo. Es muy posible que uno y otro, bien en conversaciones particulares, bien en correspondencias privadas, se hayan comunicado sus datos, sus averiguaciones y sus pensamientos; pero entonces, ¿obtuvo el señor Fernandez Guerra del señor Noguel algun dato curioso, alguna noticia interesante, alguna idea luminosa? No, porque indudablemente lo hubiera consignado así en su informe, haciendo del señor Noguel una mencion honrosa. ¿Es por el contrario el jóven erudito el que ha recibido del esperto académico datos, ideas y noticias? Siendo así, ¿cómo el señor Noguel guarda tan profundo silencio?

El hecho es, segun el mismo señor Noguel afirma, que ya en 1867, al publicar la *Historia de Nuestra Señora de la Antigua*, habia dicho que la *Cancion á las ruinas de Itálica* era de Rodrigo Caro. Es decir, que hace ya tres años por lo ménos que el señor Noguel se halla plenamente convencido de que la *Cancion* pertenece de derecho á Rodrigo Caro; mas por lo visto no poseia aún las pruebas necesarias para hacer de su dicho un hecho; y como en estas cosas no basta estar convencido, sino que es preciso convencer, tuvo que esperar hasta fines del año 69 para demostrar formalmente lo que hacia once años estaba ya demostrado.

En 1858, cuando el señor Noguel tendria diez años de edad, y probablemente muy escasas noticias de Rioja y muchas ménos de Rodrigo Caro, el señor Fernandez Guerra demostró en su tertulia literaria, á la que concurrian «los más esclarecidos ingenios de la córte,» que Rodrigo Caro era el único y verdadero autor de la *Cancion á las ruinas de Itálica*.

Llegó por entonces el dia señalado para la recepcion del señor Cañete en la Academia Española, y el señor Segovia, encargado de contestarle, consignó en su discurso el convencimiento de que no era Rioja, sino Caro, el verdadero autor de la *Cancion á las ruinas de Itálica*, y calificó de irrecusables los datos con que el señor Fernandez Guerra lo demostraba, poniendo en punto de evidencia la verdad del hecho.

Es verdad que el señor Noguel declara que no aspira á llamarse autor exclusivo de este descubrimiento, sino simplemente á ser uno de los que más han influido en el esclarecimiento del asunto en cuestion; pero en rigor es lo mismo: la gloria de estas averiguaciones corresponde al primero que con trabajo propio las hace patentes, y aunque no sea más que por su escasa edad, el escritor sevillano ha llegado tarde, y no parece justo que sea el primero quien por haber nacido despues ha llegado el último.

El error empieza en 1768. Don Juan José Lopez de Sedano incurre en él, atribuyendo resueltamente á Rioja la *Cancion* de Caro, y lo divulga por medio del *Parnaso Español*, obra que contiene muchos errores semejantes. Don Pedro Estala, en la coleccion de poesías sacada á luz con nombre de don Ramon Fernandez, lo perpetúa, y por último don Manuel José Quintana lo generaliza.

Pero ya el punto era dudoso. En 1827, don Faustino Matute y Gaviria, en su *Bosquejo de la Itálica*, adjudicó á Caro alguna parte de la gloria atribuida entera por Sedano, Estala y Quintana á Rioja. Al año siguiente, don Juan de Dios Gil de Lara, trabajando sobre los datos de Matute, halló el *Memorial de Utrera*, obra inédita de Rodrigo de Caro, donde encontró el primer bosquejo de la cancion, y donde el mismo Caro asegura haberla escrito á los veintidos años de edad (1595); y sacó por consecuencia que, muerto Rodrigo Caro en 1647, Rioja, que le sobrevivió doce años, pudo mejorar la produccion de Caro. En 1834, don Juan Colon y Colon sacó varios traslados del bosquejo de la *Cancion* contenido en el *Memorial de Utrera*, y generalizó la idea ya suscitada de que no era original de Rioja la *Cancion á las ruinas de Itálica*. En 1838 y 1842, don José Amador de los Rios, siguiendo á Matute, Lara y Colon, afirma en repetidas ocasiones que Rioja no hizo más que retocar la obra de Caro.

Aquí llega la historia de este descubrimiento, segun la encuentro en el *Informe académico* del señor Fernandez Guerra, el cual, estudiando atentamente los datos conocidos, adquiriendo otros nuevos, con su esperta mirada y severa crítica, descubre en 1858 con toda evidencia que la *Cancion á las ruinas de Itálica—ya original, ya refundida—no es de Francisco de Rioja*.

Once años despues anuncia el mismo descubrimiento el señor Noguel, y viene á probarlo por completo en 1870.

El órden es este:

1827. Matute y Gaviria abre paso á la primera duda.

1828. Gil de Lara la confirma.

1834. Colon y Colon se apropia la idea y la extiende.

1842. Amador de los Rios la confirma de nuevo y la aumenta.

1858. Fernandez Guerra demuestra que la *Cancion* es exclusivamente de Rodrigo Caro.

1869. Sanchez Noguel anuncia la misma idea.

1870. Fernandez Guerra lee en la Academia Española un Informe, en vista del que se sanciona oficialmente la evidencia del descubrimiento.

1870. Sanchez Noguel, cinco meses despues, publica en la *Gaceta de Madrid* unas *Cartas* demostrando lo mismo.

¿A quién debemos esta averiguacion literaria? Indudablemente al señor Fernandez-Guerra.

J. SELGAS.

EL VICE-ALMIRANTE

BOUET-WILLAUMEZ.

Este vice-almirante, conde de Bouet-Willaumez, jefe de la primera division de la flota acorazada del Báltico, y uno de los más distinguidos marinos de Francia, ha desempeñado durante su larga carrera cargos muy importantes, y en todos ellos ha demostrado gran energía, superior inteligencia y probidad á toda prueba.

Con estos rasgos bosquejan su personalidad cuantos biógrafos han dado á conocer al ilustre marino.

Nació en Abril de 1808, y á los quince años entró en la Escuela Naval Desde el dia en que terminó su carrera, rara vez ha dejado de prestar servicios á su patria.

Agente diplomático en Inglaterra para dilucidar y resolver la cuestion de la trata; gobernador del Senegal; comandante de la division naval de las costas occidentales de Africa; jefe de Estado Mayor de la escuadra en Crimea; organizador del desembarque de las tropas francesas en aquella época; comandante de la estacion de Levante y del cuerpo expedicionario al Pireo; miembro del Consejo de Construcciones navales; prefecto marítimo de Cherburgo y de Tolon; jefe de la escuadra de evoluciones del Mediterráneo; y por último, general en jefe de la escuadra del Norte destinada á operar en el Báltico: hé aquí todos los cargos que ha desempeñado el almirante en cuarenta años de carrera.

EL VICE-ALMIRANTE BOUET WILLAUMEZ, JEFE DE LA ESCUADRA DEL BÁLTICO.

Su última campaña no se parece ciertamente á las anteriores, que tan justa reputacion le han alcanzado.

Todo el mundo esperaba que la magnífica flota acorazada del imperio francés seria en el Báltico un poderoso auxiliar del ejército: más tarde se creyó que la marina vengaria á sus hermanos.

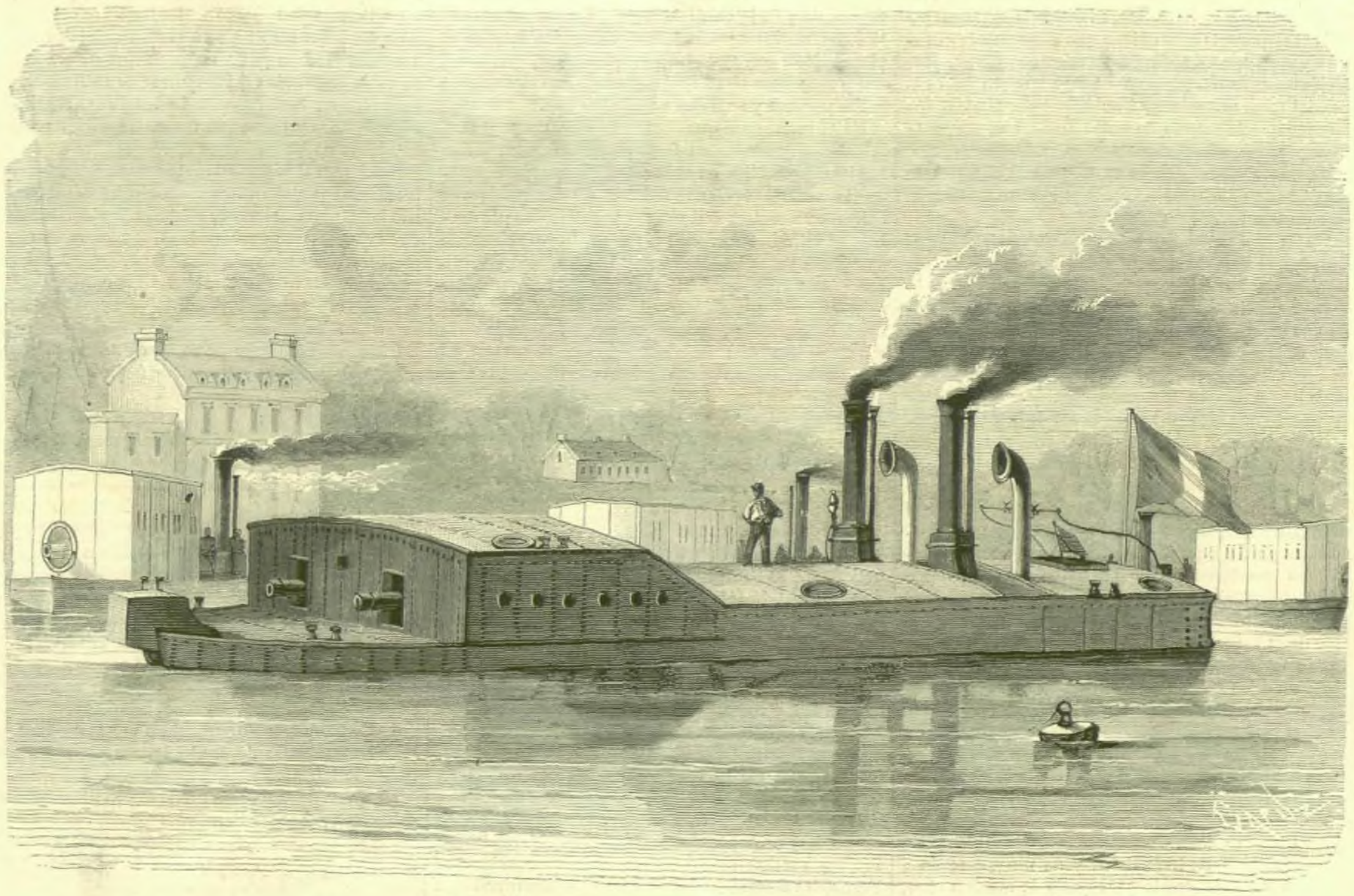
Las conjeturas más fundadas han salido fallidas.

El dia 15 de Agosto llegó la flota á Grand Belt, y á bordo de la *Surveillante*, firmó el almirante la notificacion del bloqueo de las costas de la Confederacion de la Alemania del Norte en el Báltico.

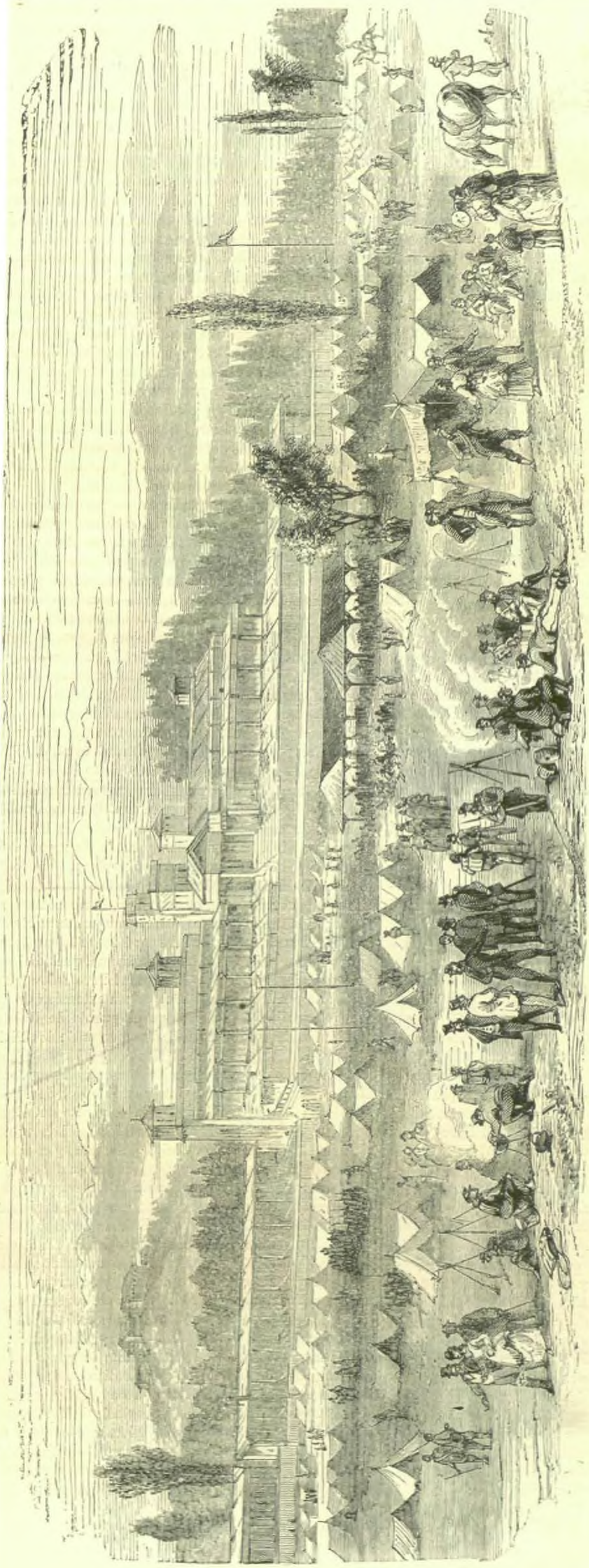
Desde entónces hasta hoy, la flota ha parecido encantada en medio de las aguas. ¿Qué han hecho aquellos magníficos navíos? Excitar en los alemanes el deseo de poseerlos.

Y sin embargo, el Gobierno republicano de la defensa nacional, ha conferido la cartera de Marina al almirante Fourrichon, y aceptado la dimision del almirante Bouet, quedando al parecer muy satisfecho del celo con que ha desempeñado su cargo.

La verdad es que la flota del Báltico ha dejado mucho que desear á la Francia, y que hoy se retira ántes que



LA GUERRA.—DEFENSA DE PARÍS.—Las cañoneras del Sena.



LA GUERRA.—BOSQUE DE BOULOGNE.—Campamento de los cuerpos franceses del Sena en el Longchamps.

LA GUERRA.—BOSQUE DE BOULOGNE.—Llegada de reses destinadas al consumo de París durante el sitio.

los hielos la condenen á una inmovilidad mucho mayor que la que ha tenido.

Por lo demás, no se concibe que los marinos franceses ignorasen que á los puertos de Prusia en el Báltico y en los mares del Norte solo pueden acercarse buques de pequeño calado. De lo contrario, no habrian llevado á aquellas aguas, haciendo inmensos gastos, treinta navíos y fragatas acorazadas que, como dice muy bien un corresponsal, no han podido acercarse á las costas ni hacer completamente efectivo el bloqueo de la Alemania.

A pesar del humilde papel que la marina francesa ha desempeñado hasta ahora por mar en la guerra, el almirante Bouet, cuyo retrato publicamos, es y será una gloria de la armada francesa.

EL ARCO DE BARA.

LOS PUEBLOS ILÉRGETES Y LOS COSSETANOS EN LA PROVINCIA TARRACONENSE.

(CONTINUACION.)

El fuerte argumento á que recurren algunos arqueólogos, y del cual ya se hizo cargo el juiciosísimo Florez, es el silencio de Tolemeo cuando inventaria las regiones de aquella costa, pues parece no atribuir ninguna á los *Ilérgetes*. Mas surge aquí no pequeña dificultad, de las muchísimas que ofrece aquel autor, de quien áun no tenemos un texto bastante trabajado, ya nazca el silencio de equivocacion propia, ó de los malos códices que han llegado hasta nosotros.

Tolemeo pone en los *Cossetanos* á *Tarragona*, y en seguida nombra la ciudad de *Súbur* (¿Sitjes?), que sin disputa se alzaba entre Tarragona y la boca del Llobregat. Pero repárese que unos códices atribuyen esta poblacion á los *Cossetanos*, y otros á los *Laccetanos:* de manera que podemos sospechar que á *Súbur* le falta el epígrafe ILÉRGETES, por estar desvanecido ó muy gastado en un códice matriz. Y esto se evidencia con que al nombrar más adelante á los Ilérgetes, advierte que allí trata de sus ciudades mediterráneas, lo cual supone anterior mencion de las marítimas: «Y despues de los Vascones siguen los Ilérgetes *con estas ciudades mediterráneas, Rigusa, Celsa, Succosa*, etc.» expresion de que no se vale al formar catálogo de los importantes pueblos *Varones, Cerretanos, Ausetanos* y *Lacetanos*, con excepcion de los *Castellanos*.

Hay otra prueba más; y es, que en el hecho de mencionar como Ilérgete la ciudad de *Succosa*, trae la region hasta muy cerca de la mar; supuesto que parece haber estado *Succosa* donde hoy Juncosa del Panadés, en direccion de Torre-den-barra. No importa que la graduacion tolemaica la lleve hácia Alagon y Egea de los Caballeros, por cima de Zaragoza; pues nadie ignora que es edificar sobre arena cuanto se apoye en tales graduaciones.

Pero cuidado que no se caiga en el error de imaginar que Tolemeo escribiera sus tablas á vista de las obras de Mela, Estrabon y Plinio, extractando noticias de ellas, careándolas entre sí, pesándolas cual gusta de hacerlo ahora la crítica moderna. Esto que álguien ha dicho, es inexacto á no dudar. Tolemeo no lo necesitaba; semejante cotejo y estudio le hubiera sido embarazo, nunca auxilio. Disponia de materiales más á propósito para su intento, pues habia logrado hacerse con cartones (si me es permitida esta palabra) de todas las regiones del orbe de la tierra, tales como las ofrecian en Roma pintadas al vivo los muros de los pórticos de Agripa. Allí, con un fin militar y político, representó el arte y la bien entendida actividad de los romanos las capitales de region y de distrito, y las plazas fuertes colocadas al principio y al fin de cada territorio independiente, sobre el camino que enlazaba unas y otras capitanías. Así los ociosos que pasaban el dia en aquellos pórticos, y el comerciante y el soldado ó magistrado que se disponia á marchar á los confines de la tierra, formaban idea muy aproximada de los paises que tenian que recorrer; y así el niño, el mancebo y el anciano se acostumbraban á desear en los muros pinturas que hablasen á su imaginacion y á su entendimiento, adquiriendo el hábito de conservarlas y el de mirar con respeto y no destruir ni deslustrar los edificios. Todo al contrario de lo que sucede ahora.

Ya es de suponer que tales pinturas, lo mismo que las hechas por discípulos de Julio Romano en el mirador de la Sultana, bellísima torre en el Alhambra granadina, teniendo como norte principal el rótulo de cada poblacion, no siempre se habian de recomendar por la exactitud matemática. Añádase lo fácilmente que pudo el geógrafo de Alejandría poner, ya cabeza abajo, ya de lado, no pocos de los centenares de cartones al compaginar su libro, y hallarémos explicacion natural á los disparates sin cuento que le extragan. Solo así, que no por ser extranjero Tolemeo, pudiera disculparse el ver en las sierras de Búrgos cerca de Castrogeriz, el puerto de Gijon; en la Serranía de Ronda, á Martos la de Jaen; Alicante por bajo de Cartagena; y Denia por cima de Valencia y de Murviedro. Decía Corina que las cosas no son sino conforme al lado porque se las toma.

Aceptemos de Tolemeo lo precioso, quiero decir, las regiones y los pueblos que atribuye á cada una, disculpemos algun trastrueque en esta parte; pero no imitemos á Rui Bamba que, tomando por lo sério los grados de longitud y latitud, hizo un caos de la geografía tolemaica, y un libro lleno de ciencia que para nada ni para nadie sirve.

Cierto punto curioso de esta disputa geográfico-tarraconense tocó muy bien el Sr. D. Buenaventura Hernandez Sanahuja, digno y laboriosísimo correspondiente de la Academia de la Historia; y la dificultad que propuso, es de importancia.

Entiende que no poseian los *Ilergavones* las dos orillas del Ebro, sino tan solamente la derecha; y en apoyo de esta opinion alega dos autoridades, á saber: las medallas de *Hibera* (Amposta), que califican de ilergavonia la ciudad (1); y *César*, que manifiesta ser los Ilergavonenses vecinos del Ebro: *Illurgavonenses, qui flumen Iberum attingunt* (2). Me hace fuerza el argumento. Confieso que tocar en el Ebro no es abrazarlo; y recuerdo que por aquellos dias escribió Ciceron: *Regio, quae Ciliciam attingit*, «la region que confina con la Cilicia.»

Pero de la frase de César no se infiere lógicamente que Tortosa perteneciera entónces á la *Cossetania;* ántes por el contrario, la circunstancia de verla amiga, no de Tarragona, sino de Amposta, nos obliga á discurrir que una tribu independiente y cuyo nombre ignoramos (la de dos *Suesetanos* por aventura) debió ocupar á la sazon la tierra que hay desde los Alfaques hasta el Coll de Balaguer, y desde Cornudella á la confluencia del Ciurana con el Ebro, teniendo por capital á Tortosa. La medalla del tiempo de Tiberio, que muestra unida á *Hibera Ilergavonia* (Amposta) y *Dertossa* (Tortosa), ha de explicar esa alianza y refundicion en una sola, de dos antiguas y valerosas regiones; sin que ofrezca duda seguramente que desde entónces (como se confirma por los textos de Plinio y Tolemeo) fué de los *Ilergavones* todo el Ebro, desde Flix (*Font-Salla*, como dice el Ithacio) hasta que el mar pierde su nombre.

Y ántes de pasar adelante, debo rectificar el error en que ha venido á incurrir algun docto, de suponer que, segun Estrabon, *Dertossa* nunca fué *Municipio* sino *Colonia*. No hay tal. Plinio, contemporáneo del geógrafo de Amasia, fija en *doce* el número de las *colonias tarraconenses;* y yo demostré á la Academia de la Historia, y ésta lo hizo público en oficial y solemne ocasion, que esas *doce colonias* corresponden á las poblaciones y sitios conocidos, de Castro Urdiales (provincia de Santander), Coruña del Conde (en la de Sória), Zaragoza; Jelsa, á la márgen del Ebro; Barcelona, Tarragona, Valencia, Elche, Lezuza, Cartagena, Guadix y las ruinas de Úbeda la vieja. Fuera de que es un sueño decir que Estrabon llamó *colonia* á *Dertossa*, bien que leamos en la version latina de Casaubon semejante palabra; y de aquí en las traducciones castellanas de D. Juan Lopez el geógrafo, y don Miguel Cortés y Lopez el diccionarista. No dice eso el texto griego; no califica de colonia á *Derkissa* (que Xylandro enmendó *Dertossa*); la califica únicamente de «pequeña ciudad:» Δέρκισσα κατοικία, «*Derkissa oppidulum*, Derkissa, pequeña ciudad,» que así debió haberse vertido al latin y al castellano; y *pequeña ciudad* no quiere decir *colonia* (3).

(1) Florez, *Medallas*, XXVIII, 9.

(2) C. J. Caesaris, de *Bello Civili*, I, 38.

Si no existiese la medalla de *Hibera* y *Dertossa* unidas en alianza, podríase disputar sobre la dependencia cossetana de Tortosa. Pero la medalla viene á evidenciar que aquellos dos pueblos, seguramente afines en su orígen, se confundieron en una sola region, conservando cada capital, sin embargo, cierta sombra de su antigua territorial independencia.

Viene tambien en apoyo de la separacion é independencia de Tortosinos y Tarraconenses, el hecho de mediar entre ambos una frontera. De ello dá testimonio en la *Via Augusta* el nombre terminal de la mansion militar *Tria Capita*, reducida con sumo acierto á Perelló por el Sr. Hernandez Sanahuja.

Pasada Tarragona, y siguiendo la propia *Via Augusta*, resta determinar el límite oriental de los *Cossetanos* con los *Ilérgetes;* y aquí tambien la demostracion resulta palpable. Pero ántes séame lícito copiar las siguientes razones, que opone á la opinion que sustento un distinguido arqueólogo y afectuoso amigo mio. El habérmelas dirigido en carta particular me ata las manos para descubrir su nombre.

Dificultando que los *Ilérgetes* pudiesen haber adquirido un trecho de costa de poco más de siete leguas entre la márgen izquierda del rio Gaya y la derecha del Llobregat, se expresa de esta manera: «La disposicion orográfica de la pequeñísima lengua de tierra que entónces se interpondria entre la *Cossetania* y el Llobregat, y las dificultades que hallarian los *Ilérgetes* para trasponer la áspera cordillera de Montserrat y Brufagaña, hace del todo imposible que aquella tribu exclusivamente mediterránea se aproximase al mar ni en poco ni en mucho. ¡Oh, si usted hubiese visto, como yo, la provincia de Cataluña á vista de pájaro, á sus piés, colocado ahora en las encumbradas cimas del Montagut, ahora en la cordillera de Prades, dominando con su mirada las provincias de Lérida y Barcelona hácia la izquierda, y la de Tarragona á la derecha! ¡Si la hubiese usted contemplado, bien desde el pico de Montsant, descubriendo todo el curso del Ebro, á partir de Mequinenza y la desembocadura del Segre; bien desde la extensa llanura que forma el elevadísimo cono truncado de la Mola; ó desde la empinada cumbre de la Mola de Llaveria, su vecina, que dominan las provincias de Lérida y Tarragona! Pero sobre todo, ¡si hubiese usted visitado la espaciosa extension de las Planas, encima de Poblet, en el pueblo de Rojals, admirando desde allí las nevadas crestas de los Pirineos, y la blanca calvicie del Montseny (Gerona); y los caprichosos picos que semejan toscos obeliscos, del Montserrat; y el curso no interrumpido del Segre, y la extensa llanura de Urgel, y la corriente del Ebro hasta su entrada en el Mediterráneo! De allí descubriria usted las ciudades de Lérida y Cervera, y el punto donde cae Tortosa; y el espacioso horizonte del mar, á donde van á morir los estribos de la áspera y fragosa cordillera de Prades (de la cual forma parte el pico de Rojals), cual si le sirvieran de inmensísimos arbotantes ó botareles. Son estos estribos: los del Priorato, que avanzan hasta el pueblo de Perelló; las montañas de Santas Creus, por donde corre el Gaya, y en cuya última aislada colina descuella la histórica y pintoresca Tarragona; las guájaras del Panadés, donde están enclavados La Bisbal y el vinífero Vendrell; y finalmente las ágrias montañas de Ordal, siendo uno de sus picachos el inaccesible de *Olérdula*, que termina en las playas de Villanueva y Sitjes. Estas cuatro asperísimas ramificaciones ó estribos cortan la provincia de Tarragona, perpendicularmente, desde la dilatada cordillera de Prades y Brufagaña al mar, y cierran la *region Cossetana* como un inmenso marco montañoso por tres de sus costados, amen de las corrientes del Ebro y del

(1) Strabonis, lib. III, 159.

Llobregat. Si lo hubiese usted visto como yo, se convenceria mejor que con cualquier género de argumentos, de la imposibilidad de introducir el *Ilérgeto* en la *Cossetania*, como asimismo de lo absurdo que es imaginar que los *Ilergavones* pudieran haber atravesado el Ebro para ocupar un país montuoso y agreste, ocupado por una raza belicosa que no hubiera consentido intrusion semejante.»

Belicosas y belicosísimas estimo yo las gentes que rodeaban á los Cossetanos; y el hecho incontestable de haberse aliado éstos con Roma y llegar á considerarse Tarragona como obra de los Escipiones, son más que indicios, son pruebas de que la *Cossetania* tuvo necesidad del auxilio poderosísimo de los Romanos para contrastar el empuje y audacia de las tribus vecinas. Muy notoria es la fuerza de los *Bargusios*, que, para mí evidentemente, habitaban desde Balaguer hasta Berga, y desde el Oriente de Tremp hasta los alrededores de Cardona. Y eran no ménos temibles los *Suesetanos*, que á mi ver poseian desde Castell de Fels, Pallejá y Gélida hasta Segura, al poniente de Santa Coloma de Queralt, y desde Cabra hasta el Arco de Bara. Pues ¿qué dificultad puede haber en que ambas naciones, ó por conveniencia, ó por identidad de origen, lengua ó religion, se refundieran en una con los Ilérgetes, para resistir á la codicia romana? Por la geografía comparada, resulta clarísimo que los Ilérgetes, despues de la division de Augusto, contaban por suyo desde Huesca y Almudevar hasta Sitjes en el Mediterráneo, y desde Berga y Tremp hasta Velilla y Mequinenza, sobre el Ebro.

Poco importa que fuese reducido el territorio de los Cossetanos, para que Roma hiciese opulentísima á Tarragona y la constituyese en cabeza de la mayor parte de España. ¿Era mayor el de la prepotente Hispalis, ni el de los Castellanos, Lacetanos, Verones, Deitanos, Mavitanos, Ossigitanos, Aigillianos, Mellesios y Barbastrenses? ¿Podria serlo el de cada una de las treinta gentes ó naciones que Estrabon dice habitaban desde el Tajo al Cabo de Finisterre? En ser pequeños y al propio tiempo tan famosos, consiste el mayor de sus timbres.

Las metrópolis, por la misma razon de encerrar intramuros pueblo numeroso dedicado á las artes y oficios, al ejercicio de la guerra y al tráfago de la contratacion y comercio, disponian de reducido territorio agrícola, aunque á veces contasen en él mayor número de habitantes que otras muy dilatadas regiones.

(Se continuará.)

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

LAS CAÑONERAS DEL SENA.

Para completar los baluartes que circunvalando á París deben oponerse á la entrada de los enemigos, eran de todo punto indispensables las cañoneras cuyo modelo reproducimos en este número. Movidas por el vapor, blindadas y provistas de formidables cañones, son en el Sena otras tantas fortalezas flotantes. Asemójanse algo á los antiguos *brulotes* que se emplearon contra Gibraltar, y á los modernos *monitores* inaugurados en la guerra civil de los Estados-Unidos. Servidas por artilleros de marina experimentados, han de contribuir poderosamente á la defensa de la capital de Francia.

EL BOSQUE DE BOULOGNE.

Aun no hace tres meses que uno de los primeros placeres que anhelaba ofrecerse el extranjero que llegaba á París, era el de visitar el famoso *Bois de Boulogne*. Los parisienses estaban orgullosos de él; y no les faltaba razon, porque aquel bosque era sin disputa el que más favores debia á los progresos de la civilizacion, el que mayores encantos ofrecia á la imaginacion.

Un dia... ¿qué digo un dia? una semana no bastaba para visitar aquellas frondosas y pulidas alamedas, aquellas grutas, en las que el arte se disfrazaba de naturaleza, aquellas cascadas, aquellos lagos, aquellos parterres, aquellos palacios, aquellos puentes rústicos, aquellas montañas, y por último, aquellos templos del placer que se llamaban el *Pré Catelan*, la *Chaumière*, *Longchamps*, etc., etc., sin contar el jardin zoológico y los infinitos cafés y restaurants que sorprendian al paseante en los recodos de las calles de árboles, en las encrucijadas y en las plazoletas del bosque.

Millones de árboles llenaban aquel inmenso espacio, y por las tardes la *Grande allée* reunia en suntuosos carruajes, en magníficos caballos, lo más escogido de la poblacion parisiense.

Pues bien, aquel oasis, escenario del lujo y al mismo tiempo del vicio espléndido de París; aquellas alamedas, exposicion continua de las Mesalinas parisienses; aquel índice, por decirlo así, de todas las grandezas y miserias del oro y del oropel de la moderna Sodoma, es una de las primeras ruinas causadas por la guerra.

La seguridad de que París seria sitiado por los ejércitos prusianos, obligó al gobierno á convertir una gran parte del magnífico paseo en depósito de los millares de reses necesarias para abastecer á la poblacion.

Uno de los grabados que reproducimos da una idea exacta de la aglomeracion de bueyes y carneros que ocupan el espacio no há mucho tiempo consagrado al esparcimiento de los parisienses.

El otro grabado representa la célebre explanada de Longchamps, en donde se celebraban las famosas carreras de caballos, convertida en campo de instruccion de los cuerpos francos del Sena.

La trasformacion que se ha operado recientemente en el Bois de Boulogne es mucho mayor.

En primer lugar se han talado los árboles, dejando al tronco un metro y aguzando sus puntas, para impedir que la caballería prusiana penetre en el bosque. No bastando esto, ha sido incendiado casi en su totalidad; y de aquel oasis, de aquella maravilla de París, no quedan más que cenizas y escombros, desolacion y ruina.

¡Qué lecciones tan elocuentes da á los pueblos, con lo que pasa en Francia, la Providencia!

¡Si al ménos las aprovechasen!

LA CARIDAD EN LA GUERRA.

Dos grabados publicamos en este número, cuyo asunto se halla íntimamente relacionado con los efectos que en los grandes desastres produce esta virtud cristiana.

Nunca despliega con más brío sus inmensos recursos la caridad, que cuando el azote de la guerra pesa sobre los pueblos.

Para la caridad, un herido deja de ser amigo ó adversario: no es más que un desgraciado, y le socorre.

Nuestros lectores pueden fijar sus ojos en el conmovedor boceto que les ofrecemos. El combate ha cesado; el campo está sembrado de muertos y de heridos; junto al francés está el prusiano; el dolor los hace hermanos, y el sentimiento fraternal impulsa á los aldeanos de la comarca á olvidar la desdicha que lamentan, la casa incendiada, el campo devastado, para acudir en auxilio de los heridos.

¡Hermosa caridad! Ved á la jóven campesina llevar á los labios del sediento herido el agua que refresca su ardor; ved al anciano pastor apoyado en el jóven aldeano agotar los recursos de su experiencia para mitigar el dolor de los pacientes, para facilitar más tarde la cura al cirujano.

Los que luchan se han ido; allí solo quedan los que sufren; allí la religion impera, allí la caridad domina, allí deben fijar sus ojos los que con su ambicion producen las guerras, los que por una ceguedad desastrosa arruinan los pueblos é inundan los campos de sangre tan heróica como inocente.

El otro grabado representa la ambulancia que ha organizado la prensa francesa. Hé aquí otro de los grandes beneficios de la caridad; cubiertos con la cruz roja los individuos de esa gran Asociacion internacional, cuyo fin es socorrer á todos los heridos, acuden solícitos donde son necesarios sus consuelos y sus auxilios.

Nuestro dibujo reproduce la ambulancia de la prensa en el momento en que atraviesa por una de las principales calles de Reims.

Todos miran con veneracion al cortejo, y se descubren á su paso en señal de respeto.

EL CASTILLO DE SANT-ANGELO.

No era presumible que en los momentos en que suspende los ánimos la guerra entre Francia y Prusia, aprovechase Italia las circunstancias para enviar sus ejércitos á Roma, sorprender al Padre Santo y despojarle del poder temporal.

Una lamentable ceguedad guia á Víctor Manuel, y solo Dios sabe las complicaciones que surgirán de un acto tan trascendental y tan impolítico.

No es ahora nuestro propósito examinar esta grave cuestion; meros narradores, sólo podemos anunciar que en los momentos en que escribimos estas líneas las tropas italianas invaden á Roma, y no esperan hallar más resistencia que la que les oponga el fuerte de *Sant-Angelo*.

Esta, al parecer, última trinchera del poder temporal del jefe de la Iglesia, ofrece, pues, un gran interés de actualidad, y por eso reproducimos su vista.

Pasado el puente del mismo nombre, que se halla embellecido con las estátuas de los Apóstoles, se llega al imponente y grandioso castillo construido para sepulcro de Adriano y de sus sucesores. Hoy es una fortaleza inexpugnable que está en comunicacion con el Vaticano, y en ella se refugió Clemente VII cuando asaltó á Roma el Condestable de Borbon.

Corona el fuerte un ángel de bronce de colosales dimensiones con las alas extendidas.

Este ángel ocupa el puesto en donde se levantaba la estátua de Adriano, y se refiere una tradicion que queremos recordar.

Hácia el año 600 se vió Roma invadida por una horrible peste. Gregorio el Grande, jefe entónces de la Iglesia, salió procesionalmente con el clero á fin de aplacar la cólera divina.

«Hallábase muy cerca del castillo, dice un historiador, cuando parándose de pronto levantó los brazos al cielo dominado por la más dulce satisfaccion y profundamente conmovido. Acababa de ver envainar la espada terrible al ángel exterminador. El contagio cesó.»

El Papa Benedicto XIV mandó colocar, trece siglos despues, sobre la cúpula del castillo la colosal estátua que hoy le embellece y le da nombre.

Muy en breve sabremos cuál es el resultado de la tentativa del rey de Italia: cualquiera que sea, no deben envidiar el triste triunfo del lobo sobre el cordero que aguarda al rey de los italianos.

COMBATE

ENTRE LA GUARNICION DE STRASBURGO Y UN CUERPO DE EJÉRCITO PRUSIANO.

El sitio de Strasburgo y los padecimientos de los habitantes de esta plaza fuerte figuran con razon como uno de los detalles más notables de la épica contienda que contempla asombrada la Europa del siglo XIX.

Mientras el emperador y sus más brillantes generales capitulan con un ejército de 150.000 hombres en Sedan, en la capital de Alsacia, un general relegado allí por el imperio recuerda el heroísmo de nuestro inolvidable Palafox, y eterniza su nombre levantando sobre las ruinas que en torno suyo producen los proyectiles enemigos el santo grito de la patria.

Nuestros lectores tienen ya noticia de los horrores que constituyen esa epopeya moderna que se llama el asedio de Strasburgo. Hoy ofrecemos un grabado que representa el sangriento combate que entre sitiados y sitiadores tuvo lugar en uno de los primeros dias de Setiembre. Un cuerpo prusiano se hallaba acampado

LA GUERRA.—CAMPESINAS FRANCESAS CURANDO HERIDOS.

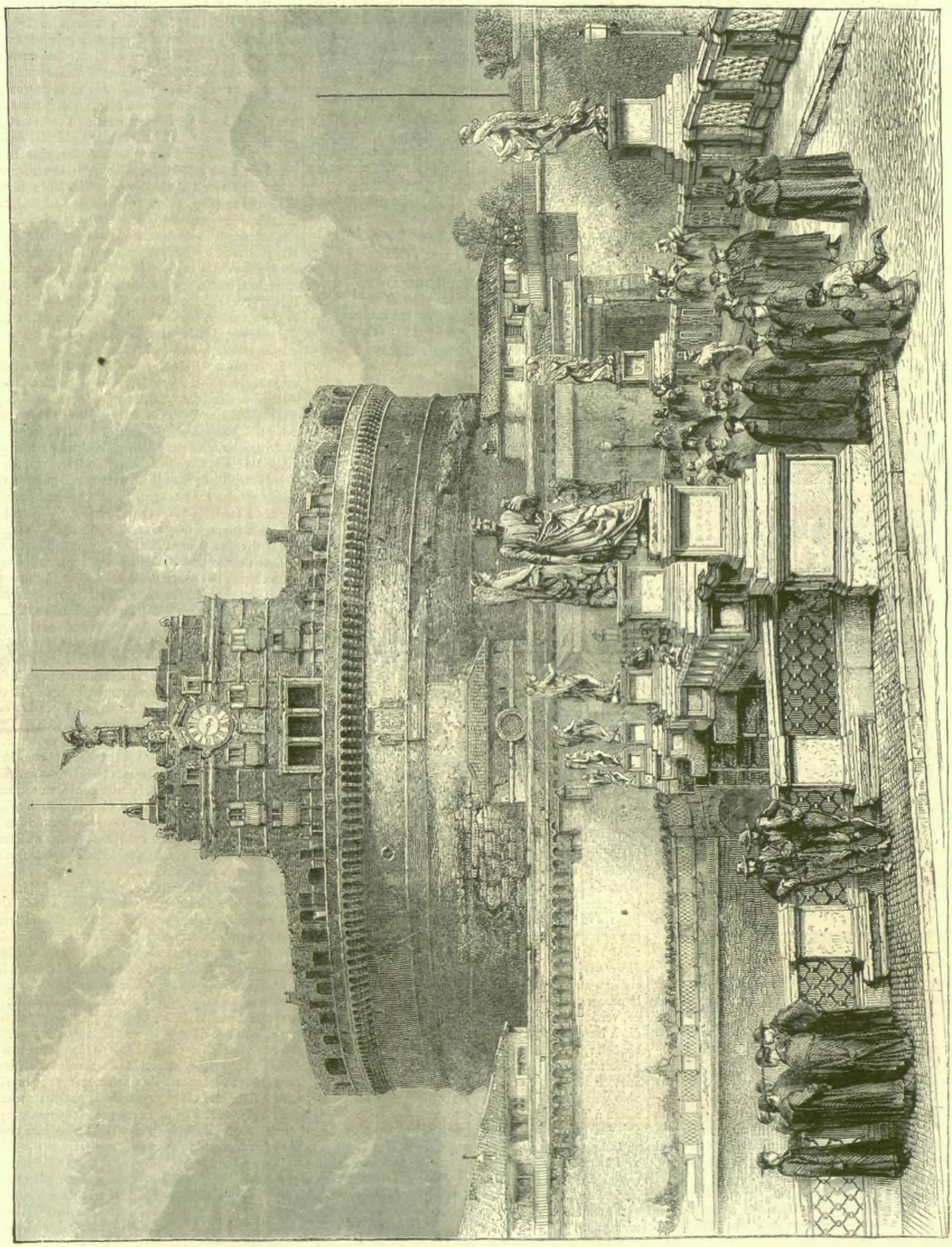
en el cementerio de Santa Elena. Desde allí molestaba á la plaza, y era preciso arrojarle de sus posiciones. Una parte de la guarnicion, unida á un destacamento de guardia móvil, poseida de ese valor que da la desesperacion, traspasa las fortificaciones, sorprende al enemigo, despues de un fuerte tiroteo carga á la bayoneta, y los prusianos retroceden, dejando el campo-santo cubierto de cadáveres.

Un laurel más para los soldados que defienden á Strasburgo; pero costoso como todos los que van formando su corona de gloria y de martirio.

EL GENERAL LEGRAND.

Es uno de los héroes de la batalla de Borny, y por este solo título digno de la mayor admiracion.

Jóven aún durante la campaña de África, fué á tomar parte en ella en calidad de voluntario, y no tardó



ROMA.—EL CASTILLO DE SANT-ANGELO.

MINISTERIO DE EDUCACIÓN

en adquirir con su bravura el grado de capitan en el 3.er regimiento de Spahis, en Constantina. Pasó despues al regimiento de cazadores de África, y era jefe de escuadron del 2.º regimiento de Oran cuando fué nombrado teniente coronel y encargado del mando de los Guias.

Ascendió á coronel, y mandó el 5.º regimiento de coraceros hasta 1860, en que obtuvo el grado de general de brigada.

Volvió á África, donde desempeñó el cargo de comandante general en Orán; y en 1868, ascendido á general de division, se puso al frente de la 11.ª division territorial en Perpignan.

Allí se hallaba al estallar la guerra franco-prusiana, y solicitó vivamente un puesto de peligro.

Confióle el Gobierno el mando de la division de caballería del 4.º cuerpo, y al frente de ella cargó al enemigo en Borny sable en mano hasta que cayó en tierra, sellando con su sangre su patriotismo.

El general Legrand era uno de los primeros jefes de caballería de Francia. Su entusiasmo por la disciplina rayaba en pasion.

«Deja once hijos, dice un biógrafo suyo, y su familia estaba gobernada por él con la misma severidad que su regimiento. Pero era tan buen padre, añade, como valiente soldado.»

Tambien deja una viuda, modelo de virtud, á quien de seguro honrará la Francia para premiar en ella el mérito de su inolvidable esposo.

EL CONDE ROBERTO DE VOGUÉ.

Como Legrand en Borny, Roberto de Vogué, ha sido uno de los héroes de Reichshoffen.

Coronel del 11.º regimiento de cazadores, luchó como un soldado dando ejemplo á los suyos, y cayó al lado de sus amigos los valientes coronel de Wanart, conde de Septeuil y marqués de Espeuilles.

Despues del combate, fué reconocido en el campo de batalla por algunos oficiales prusianos que el verano anterior le habian tratado en Baden.

Informado el príncipe Federico Cárlos de Prusia de que su hermano, el conde Melchor de Vogué, jefe de las ambulancias de la sociedad de socorros á los heridos, se hallaba cerca, le mandó llamar, y con voz conmovida le dijo:

—Tengo que daros, señor conde, una triste noticia... ¿Me comprendeis?

—¿Ha muerto mi hermano? preguntó vivamente su interlocutor.

—Sí, amigo mio, sí: ha muerto como un héroe, honrando su ilustre apellido. Podeis con la mayor libertad disponer de sus gloriosos restos.

Este ilustre militar, jóven aún, formaba parte de la aristocracia francesa, y era caballero de la Legion de Honor desde 1863.

PRIMERA PROCLAMACION DE LA REPÚBLICA

EN EL PERISTILO DEL CUERPO LEGISLATIVO.

Nuestros lectores recuerdan aún la descripcion que han hecho los periódicos de este primer momento de la última revolucion francesa.

El pueblo y la milicia fraternizaron en la noche del 3 de Setiembre, gritando uno y otra: «¡Abajo el emperador!»

Los soldados y los nacionales levantaron las culatas de sus fusiles en señal de union, y el pueblo confundido con la tropa inundó las gradas del palacio de la ley, atronando el espacio con sus gritos.

Los diputados republicanos acudieron á calmar el tumulto, y Gambetta arengó tres veces á las masas, siendo calurosamente aplaudido.

Un momento despues invadió el populacho el salon de sesiones, y para contener á los que pugnaban por entrar pidiendo la proclamacion de la república, salió de nuevo Gambetta.

Esta vez anunció que el emperador habia sido destituido, y convocó al pueblo al *Hotel de Ville*, en donde con arreglo á las prácticas antiguas se proclamaria solemnemente la república.

Nuestro grabado representa este momento del complicado drama revolucionario que empezó en París en la noche del 3 de Setiembre.

LA CRUZ DE HIERRO.

Esta condecoracion prusiana fué creada en 10 de Marzo de 1813 por Federico Guillermo III, para premiar los actos de valor de los soldados durante la famosa guerra de la Independencia sostenida contra los ejércitos de Napoleon I.

Al estallar la guerra, en 19 de Julio último, con esta misma fecha publicó el rey Guillermo un decreto restaurando, por decirlo así, esta órden, una de las de ménos valor intrínseco, pero la más honorífica de todas para los prusianos.

Hasta hace poco más de dos meses era considerada como una reliquia, como una antigüedad: hoy llevarla en el pecho es el mayor deseo de los prusianos.

La única diferencia que existe entre la primitiva cruz y la nueva, es las iniciales del rey actual y el año: en las primeras era 1813-1814; en las segundas 1870.

Nuestro grabado representa las cuatro cruces y las dos medallas de que se compone.

Su forma es la misma que tenia la de los caballeros germanos, fundadores de la antigua Prusia. Es de hierro colado con bordes plateados.

Existen, como hemos dicho, cuatro cruces y dos medallas, á saber:

Núm. 1.º Cruz de Blüchers (sin cinta).

Núm. 2.º Cruz de segunda clase (cinta negra con bordes blancos).

Núm. 3.º Cruz civil (cinta blanca con bordes negros).

Núm. 4.º Cruz de primera clase (sin cinta: se coloca sobre el corazon).

Núm. 5.º Medalla de cobre para los soldados (cinta de color de naranja con bordes blancos y negros).

Núm. 6.º Medalla civil de hierro colado (cinta blanca con bordes negros y de color de naranja).

Las medallas núms. 5.º y 6.º se han creado últimamente.

DE LA POESIA TRADICIONAL

EN PORTUGAL Y ASTÚRIAS.

ROMANCERO INÉDITO ASTURIANO.

I.

Bajo el título de *Reina y cautiva* ha publicado un periódico ilustrado de esta capital una traduccion española del precioso *romance*, que el renombrado vizconde Almeyda Garrett, uno de los principales ornamentos de las letras portuguesas en nuestros dias, incluyó en su interesante *Romanceiro* (t. II, pág. 189) con el mismo epígrafe. Fiel el traductor á la memoria del distinguido crítico que levantó en el expresado *Romanceiro* un verdadero monumento de gloria á la civilizacion y á la lengua portuguesa, intenta autorizar la peregrina tradicion, que sirve de asunto al romance, vertiendo igualmente al español la nota con que lo dió á luz el docto Almeyda. «Ni en las colecciones es»pañolas, ni en escritor alguno (habia dicho el ilustre »vizconde) se halla mencion siquiera de este lindo ro»mance *Reina y cautiva*, que anda en boca del pue»blo y se repite con escasas variantes desde Extrema»dura á Tras-os-Montes, y áun, segun mis noticias, »en las provincias transtaganas.—Por sus alusiones »á Galicia, al señorío de moros que estaba allí cerca, »y á la tierra de Santa María, que como todos saben »es el distrito entre Duero y Vonga, llamado en la »actualidad *Tierra de Feira*, se ve que este poemita »y su asunto son de los primeros tiempos de la mo»narquía.»

Tal era el juicio de Almeyda Garrett sobre esta popular tradicion, fiada á la más espontánea de las formas poéticas en la Península Ibérica, y tal parece ser la opinion del traductor, que sigue copiando las palabras del crítico portugués en esta forma: «El roman»ce tiene toda la sencillez homérica, todo el tono de la »poesía primitiva. Cautivos y renegados cristianos, »volviendo á sus tierras despues de robar á los mis»mos moros que los habian cautivado, se encuentran »en muchas tradiciones; pero esa madre que bautiza »á su hija con las lágrimas de sus ojos, es una crea»cion tan bella como los más grandes poemas de la »antigüedad.»—Admitimos nosotros tambien el juicio del simpático cuanto infatigable colector del *Romanceiro*, no sólo en el concepto histórico, sino tambien en el concepto estético: para nosotros, el romance que Almeyda Garrett designó con el indicado título de *Reina y cautiva*, sobre revelar una antigüedad respetable, bien que no tal acaso como él mismo pretende, entraña todo un mundo de sentimiento y de poesía; pero nosotros no podemos admitir, como el traductor, que esta bellísima tradicion popular se limite al suelo portugués, como de las afirmaciones del malogrado Almeyda se desprende, sin que por esto pretendamos deslustrar en modo alguno la gloria por el último conquistada, al coleccionar su muy estimable y estimado *Romanceiro*.

Del romance *Reina y cautiva* podemos en efecto asegurar, lo mismo que de la mayor parte de las tradiciones orales consagradas por la poesía en Portugal, y recogidas con ilustrada diligencia por el celebrado autor del *Fray Luis de Sousa*. Garrett, movido de noble sentimiento patriótico y dominado irresistiblemente de los nativos encantos y de los rasgos de palpitante localidad, si es lícito decirlo así, que supo descubrir y saborear en aquellos cantares, sorprendidos por él en los labios de la muchedumbre, dejóse llevar más de una vez á muy absolutas afirmaciones, ocasionadas siempre á error y más peligrosas todavía, tratándose de una materia no trabajada y aun puede decirse vírgen, cuando en 1851 publicó su *Romanceiro*. Porque en verdad, sin que esto sea agravio á nuestros eruditos, si lograron éstos formar sucesivamente con los romances impresos en pliegos sueltos, durante todo el siglo XVI, copiosas colecciones, tarea á que puso no há muchos años digna corona nuestro sábio amigo D. Agustin Durán, ninguno hasta aquella fecha habia buscado inmediatamente en la boca del vulgo esos tesoros inestimables de nacional poesía, cuyos veneros van por desgracia cegando á toda prisa los mismos plausibles progresos de la edad presente. Así que, si áun esplotada con afortunado ahinco la riquísima mina de las tradiciones populares, fuera siempre aventurado el concluir negando á una comarca limítrofe y hermana lo que de otra se supone original y privativo, mayor será el riesgo entrando por vez primera en campo jamás cultivado, ó mejor diciendo, trazando las primeras zanjas á una esplotacion por extremo vaga y fortuita.

Y que esto era inevitable, dadas las referidas afirmaciones por demás absolutas, lo han venido á demostrar los primeros ensayos hechos sobre el terreno de nuestras más antiguas provincias, en órden á los mismos romances tan celebrados por el docto Almeyda.—En 1860 hicimos al suelo de Astúrias un largo y detenido viaje, para estudiar los monumentos arquitectónicos de la primitiva monarquía pelagiana; y al atravesar aquellos fértiles valles y encrespadas montañas, enriquecidos y consagrados por las más venerables tradiciones históricas de los primeros dias de la *Reconquista*, ocurriónos felizmente la idea de interrogar la memoria de sus moradores, por si vivia aún en ella el recuerdo de la antigua musa popular asturiana. Fué el éxito que obtuvimos muy superior, en verdad, á cuanto podia lisonjear nuestra esperanza; y pocos meses despues, primero la *Revista de la literatura neo-latina é inglesa*, dada á luz en Berlin por el doctísimo Wolf y despues la *Revista Ibérica*, publicada en Madrid, dieron á conocer al mundo sábio el resultado de nuestras investigaciones. —El pequeño ramillete de *romances asturianos*, que dimos entónces á luz, despertó la atencion de los más señalados críticos de Francia, de Alemania y áun de Italia, apresurándose algunos á incluirlo en más nu-

merosas colecciones, como lo hizo el diligentísimo conde de Puygmaigre en sus *Chants populaires recueillis dans le pays messin*, no sin establecer importantes relaciones generales con las poesías de igual género debidas á otras naciones de Europa.

No olvidó el erudito conde á Portugal, vislumbrando por los romances publicados mayores y más estrechas analogías en los que declarábamos poseer; y no se equivocaba por cierto. Figuraban realmente en la *Coleccion de cantares*, recogidos por nosotros en el centro de las montañas de Oviedo, crecido número de romances fundados en las mismas tradiciones del antiguo reino lusitano, que formaban sin duda la mayor y más granada parte del *Cancioneiro* de Almeyda Garrett; y este simple hecho nos daba motivo, no ya sólo para comprender cuán aventuradamente procedió al resolver una y otra vez que eran aquellas exclusivas de la cultura portuguesa y formuladas por su musa popular, mas tambien para levantarnos á más altas consideraciones críticas, no sospechadas siquiera por investigador tan afortunado como diligente.

Comparando, en efecto, la *Coleccion de romances asturianos* por nosotros allegada en el indicado viaje arqueológico, con el citado *Romanceiro*, obteniamos el resultado, harto significativo, de que precisamente aquellos mismos cantares que Almeyda Garrett designaba como únicos, y en que descubria mayores rasgos de originalidad, atribuyéndoles antigüedad más respetable, vivian todos en la tradicion oral de las montañas de Astúrias. Tal sucedia con los designados bajo los títulos de: *O captivo*, la *Infeteada*, *Sylvaninha*, *A Romeira*, la *Bella Infanta*, *Helena*, *doña Ausenda*, *don Duardos* y el *conde Yanno*, que corresponden, con extremada exactitud, á los que en nuestra *Coleccion* hemos señalado con los epígrafes de: *Los cautivos*, el *Caballero burlado*, *Delgadina*, el *Honor vengado*, *La esposa fiel*, *Arbola*, la *Princesa Alexendra*, la *Infanta* y la *Infantina*. Y de todas estas nueve joyas de poesía popular é ingénua,—exceptuada sólo la última, que tuvo sin embargo por más antigua, y otra puramente castellana, explanacion en su sentir de la portuguesa,—afirmaba, sin vacilar, Almeyda Garrett que eran genuinamente lusitanas, sin hallar correspondencia ni ménos reproduccion en otra alguna comarca de la Península Ibérica.

II.

Ahora bien: si todas estas poesías tradicionales tuvieron en la estimacion de crítico tan ilustre alta significacion é importancia, mostrándose él grandemente pagado y un tanto orgulloso de que pertenecieran á la musa nacional portuguesa, ¿qué no podremos decir nosotros, al hallarlas arraigadas en los apartados valles de Astúrias, viviendo sólo en la memoria de venerables ancianas pobres, sencillas é ignorantes, ó confiadas á la tierna inteligencia de niñas, no más ilustradas por cierto?... ¿Qué, al oirlas entonar con aquella especial canturía, que sólo resuena ya en las montañas de Córao y de Abamía, del Infiesto y de Covadonga, de Cangas y de Lena?... Sabemos en verdad que lo mismo en el suelo lusitano que en las demás regiones de la Península Ibérica, sometidas al yugo del Islam, sobrevivió á la gran ruina de Guadalete la raza hispano-latina, señalada desde aquella gran catástrofe con nombre de *mozárabe:* no desconocemos que tanto Almeyda Garrett, como él prestantísimo Alejandro Herculano, cifran en esta raza la mayor gloria portuguesa, aun reconocidos todos los elementos que entran sucesivamente á componer la poblacion de aquellas comarcas occidentales de la Península: no olvidamos por último que al llevar sus armas victoriosas á las regiones Oceánicas, hallaron en ellas un Fernando I y un Alfonso VI copioso número de habitantes cristianos, quienes no sólo los saludaban como salvadores, sino que les daban muy eficaz ayuda en sus empresas. Todo esto sabemos, y tenemos presente, al ver la insistencia con que el muy entendido colector del *Romanceiro* procura descubrir en los citados cantares el vigoroso sello de los sentimientos y de las creencias, que animaron á la grey *mozárabe*, pensando hallar en ellos la base de cierta nacionalidad poética.

Mas considerados todos estos hechos y quilatada debidamente su importancia ¿qué hubiera dicho el docto Almeyda Garrett al reconocer la existencia de los cantos populares de Astúrias, tan libres, tan espontáneos, tan ingénuos como han llegado á nuestros dias? ¿Qué, al notar en ellos, con aquella perspicua mirada que distingue su crítica, mayor entereza y energía, más decidida inclinacion á los sentimientos y á las situaciones severamente trágicas, más aire, en fin, de montaña?... Para nosotros no es dudable que el raro ingenio y la ciencia histórica del colector del *Romanceiro* le hubieran preservado de la injustificada pretension de suponer que los moradores de Astúrias,—encerrados en sus montañas, desde que Ordoño II pone en Leon la córte de la creciente monarquía de Pelayo, á tal punto que parecen disociarse del movimiento general de la cultura, que entrega en breve su cetro á las Castillas,—habian de pedir á Portugal sus más espontáneas inspiraciones. Cuando Portugal comienza á tener alguna significacion, como pueblo, merced al valor, la energía y la fortuna de Alfonso Enriquez, Astúrias cuenta ya cuatro largos siglos y medio de independencia, y á tal grado ha subido la obra de la Reconquista, bajo las enseñas de los Césares castellanos, que á pesar de repetirse por aquellos dias los más desesperados esfuerzos del Africa entera para tornar su temida pujanza al imperio del Islam, no logran ya infundir el antiguo terror al pueblo cristiano, como no alcanzan tampoco á hacerle retroceder un solo paso en su inmortal empresa. ¿Cómo habia de olvidar todo esto el ilustre Almeyda?...

Cuando nada sospechaba en órden á la existencia de los *Cantos populares asturianos*, y tantas y de tal bulto eran á sus ojos las típicas dotes que avaloraban á los *portugueses*, léjos de ser repugnante, natural y muy óbvio parecia que los conceptuase nacidos exclusivamente en aquel suelo y amasados, por decirlo así, con sangre lusitana. Mas descubiertos ya los *asturianos*, fuera agravio de su discrecion el no conceptuarle con independencia y vigor de espíritu suficientes para levantarse á más alta y general esfera, buscando no ya en el estrecho recinto de Portugal, sino en el más ancho y dilatado de la Península entera, las leyes superiores de esa paridad y armonía en las manifestaciones de la musa popular, no más espontánea en la Estremadura lusitana y en la provincia des-Trás-os-Montes que en los valles de Astúrias, si habia de merecer con justicia aquel nombre. Privilegio es muchas veces de esta musa el buscar las fuentes de su inspiracion en tales esferas, que no es dado á la más esquisita diligencia ni á la más aguda penetracion el descubrirlas; ley ineludible es, no obstante, para ella el revestirlas y exhornarlas con tan conocido traje y librea que á nadie, sin ser ciego, es dado desconocer su cuna y su naturaleza.

III.

No otra enseñanza nos ministra el exámen de los *Cantos populares de Astúrias y de Portugal*, tan semejantes en su fondo como distintos en sus formas, por más que á veces nos ofrezcan hasta las mismas asonancias. Más varios, sin duda, que los *portugueses*, por el múltiple órden de ideas y de sentimientos que revelan é interpretan, abarcan los *asturianos* más ancha esfera, y teniendo su raiz en la vida real, aliméntanse de la piedad y de la devocion de la muchedumbre, que, eligiendo por su intercesora á la Madre de Jesús, haciala constante objeto de su amor y de su esperanza. Muchos, muy delicados y por extremo sencillos, son en las montañas de Oviedo los *romances* inspirados por tan verdadera y pura adhesion, de los cuales puede decirse con entera propiedad, como el poeta de las mieles hibleas, que *redolent fragantia thimo*. Entre los que nosotros hemos logrado recoger en nuestra *Coleccion* y forman la mayor parte de la seccion religiosa de la misma, figuran, por su nativa sencillez y frescura, la *Pastorcica*, la *Peregrina*, la *Romera*, la *Prediccion*, la *Vuelta de Nazareth*, etc., siendo de notarse que el tema de la romera y de la *romería*, como tan favorito de la época y de la montaña, se reproduce una y otra vez bajo multiplicadas relaciones, todas piadosas por extremo, y animadas las más de sorprendentes peripecias, en que hace siempre el principal oficio la dulce Abogada de los que lloran.

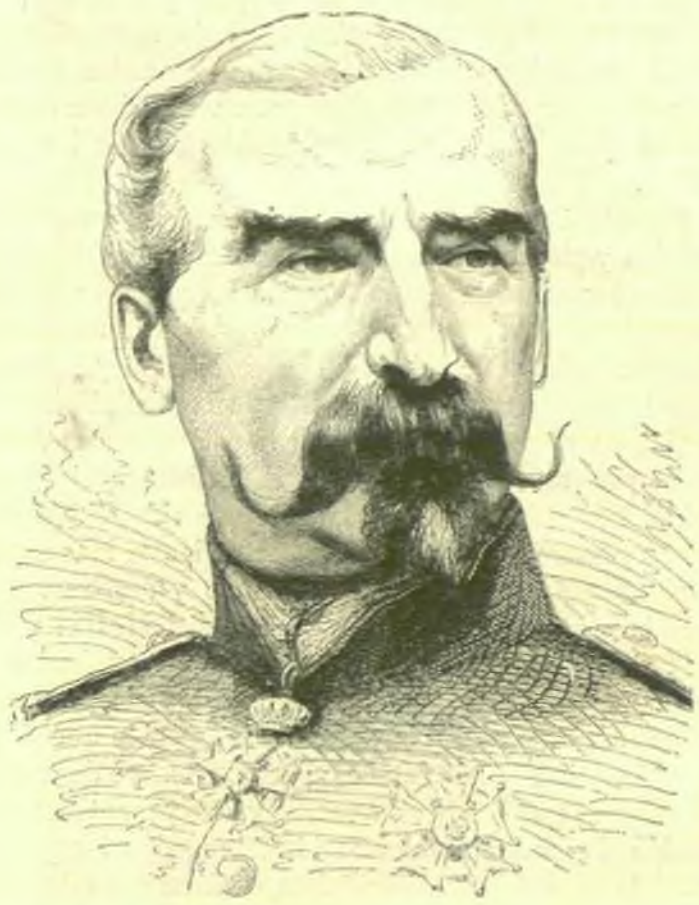
De este órden de sentimiento y de ideas, en que se reflejan y pintan de un modo candoroso é ingénuo, no ya sólo las creencias, sino tambien las prácticas reales de la vida, traducidas en escenas pastoriles, hospitalarias y religiosas de inimitable peregrinidad y belleza, pasa la musa popular asturiana á la contemplacion de la vida en cierto modo histórica; esfera dentro de la cual, por una larga série de inevitables peripecias, habia llegado el pueblo de Pelayo á constituirse en cierta manera de excepcional apartamiento. Mas si este significativo hecho, poco estudiado y acaso no advertido por los historiadores de la Edad Media, y no más tenido en cuenta por los modernos, pudiera parecer un tanto estraño é inverosimil, bastaria, sin duda, á desvanecer esta repugnancia, por lo que á la manifestacion poética atañe, el corto número de cantos populares, que tienen en aquellos valles y montañas por asunto de su inspiracion la historia nacional española. Á la verdad halla dificilísima explicacion este singular fenómeno, y no fué pequeña la admiracion que en esta parte produjo en nosotros el resultado de nuestras investigaciones. Sólo han dejado huellas en aquellas agruras las fratricidas luchas que, al mediar el siglo XIV, escandalizaron y llenaron al par de luto todas las regiones del imperio castellano; pero huellas terribles y sangrientas que viene á hacer más profundas la poderosa y rica fantasía de la musa montañesa.

La alevosa muerte de don Fadrique, en el alcázar de Sevilla, habia, por ejemplo, llevado de uno á otro confin de España el terror del rey don Pedro y el ódio de doña María de Padilla: el cantor popular de Astúrias imagina que en la mañana del dia de Reyes acuden todas las damas y doncellas de la córte castellana á pedir al rey don Pedro aguinaldo: entre ellas aparece doña María; y mientras todas demandan á don Pedro sedas, brocados y otras mercedes personales para sus amantes, pídele ella la cabeza del maestre de Santiago. Concédela don Pedro: el desventurado maestre, pagado de sus riquezas y orgulloso por su gran poderío, desoye el previsor aviso de sus parciales; pero apenas penetra en el alcázar, cuando rueda su cabeza por el suelo. Don Pedro, á quien la presentan en rica batea, manda que la lleven á doña María; recíbela ésta, no sin asombro, dado el fratricidio, y desahogando su ira en la faz ensangrentada de don Fadrique, cólmala de injurias y denuestos, arrojándola despues á los perros. Un alano del maestre le reconoce en aquel horrible despojo, y apoderándose de la cabeza, la lleva á lugar sagrado, enterrándola allí, mientras que el rey don Pedro presencia esta singular escena desde su palacio. Al saber que el alano habia sido de don Fadrique, caen en su corazon terribles remordimientos, exclamando:

¡Ay triste de mí, é mezquino!...
¡ay triste de mí, é cuitado!...
Si el alano faz aquello,
¿qué ha de facer el hermano?...

El insomnio le aflige: en medio de la noche escucha la voz del maestre, y aparece éste ante sus ojos «sin cabeza en su caballo;» vision espantosa y sangrienta que la amenaza y condena como fratricida. Despues le llama la misma doña María, mostrándose á su vista con la cruenta cabeza de don Fadrique prendida por los cabellos; y perdiéndose en los aires, déjale hundido en desesperado pavor, mientras lleva ella trás sí la reprobacion eterna de Dios y del diablo.

Difícil es hallar un cuadro más original y terriblemente fantástico. Pero ya lo hemos indicado: inspiraciones de esta naturaleza, ó fueron muy peregrinas para la musa popular asturiana, ó no se vincularon en la memoria de aquellos montañeses, fiel depositaria de otros cantos en que la vida real se mostraba y traducia de un modo indirecto, arrimándoseles al paso y ganando el aplauso universal multitud de leyendas verdaderamente fantásticas, cuyo origen estaba por



EL GENERAL LEGRAND, MUERTO EN LA BATALLA DE BORNY.

cierto muy distante de la vida actual y congenial a difícilmente con las tradiciones heróicas de la Península. Tal acontecia en particular con los *cantares asturianos*, que, segun dejamos dicho, se relacionan más íntimamente con los *portugueses*, coleccionados por el docto Almeyda Garrett en su *Romanceiro*, á pesar de que tan entendido crítico haya conceptuado como originarias, y áun nacidas en el suelo de Portugal, las tradiciones en que se fundan.—El estudio comparativo de unos y otros nos ofrece luz bastante para discernir cómo no sólo hallaron esas fantásticas leyendas y esas nacionales narraciones entera correspondencia en Astúrias, sino que aquel dulce y enfático romance, empleado por el Rey Sábio en sus muy piadosas *Cántigas*, y primera fuente del habla lusitana, así como el catalan, el mallorquin y el valenciano, se prestaron tambien, como otros tantos dóciles instrumentos, á modularlas y enaltecerlas, revistiéndolas de las formas populares.

Persuádelo así con muy notables ejemplos el *Romancerillo catalan* dado á luz ha ya tiempo por el entendido profesor de Barcelona, don Manuel Milá y Fontanals, y más completa conviccion produciria la copiosa coleccion allegada en Cataluña y Mallorca por el bibliotecario don Mariano Aguiló, si á dicha se hubiera este resuelto por fin á darla al público. Como quiera, fijándonos por breves momentos en algunos de los cantares ya mencionados, abrigamos la esperanza de llevar este convencimiento al ánimo de nuestros lectores. Elijamos, pues, con este propósito los romances de *Sylvaninha*, *A Romeira*, *Helena y doña Ausenda*, que, como sabemos, corresponden á los de *Delgadina*, *El Honor Vengado*, *Arbola* y *La Princesa Alexendra* en nuestra *Coleccion ó Romancero asturiano*.

IV.

Sostiene Almeyda Garrett, respecto de la leyenda del *Sylvaninha*, que sobre ser antiquísima en Portugal, nada tenia de castellana (1); y sin embargo, bajo el título de *Delgadina*, no solamente habia echado raices en el suelo astur, sino tambien en la Rioja, Aragon y Navarra, no sin que al fin cundiera á las comarcas andaluzas, principalmente á la Serranía de Ronda, donde anda todavía en boca de las ancianas y de las jóvenes.

Delgadina es en la más antigua version asturiana, como *Sylvaninha* en la portuguesa, la última de tres hijas que tenia un rey, quien enamorado de ella intenta gozar torpemente aquel amor incestuoso. Horrorizada la princesa, rechaza indignada tan infame demanda de su padre; mas irritado éste, encierrala en muy oscura torre, donde la mortifican al par angustiosa sed y hambre devoradora. Ansiando consuelo, asómase la infeliz á una ventana, y divisando desde ella á sus hermanos, pídeles agua para templar las ardorosas fatigas que la matan.—Pero en vano. Irritados aquellos, cárganla de insultos y maldiciones, que repiten sucesivamente sus hermanas y su madre, dejándola todos entregada á sus mortales angustias.—Á tal punto subian éstas, que la infeliz *Delgadina* se veia al cabo forzada á dirigir la misma

(1) *Romanceiro*, t. II, pág. 161.

EL CONDE ROBERTO DE VOGUÉ, MUERTO EN REICHSHOFFEN.

LA GUERRA.—STRASBURGO.—Combate de la guarnicion con los prusianos acampados en el cementerio de Santa Elena.

PRIMERA PROCLAMACION DE LA REPUBLICA EN PARIS.

súplica á su incestuoso padre. Juzgando ya logrados sus criminales deseos, ofrece el temerario anciano un reino al primero de sus pajes que suba á la estancia de *Delgadina* un jarro de agua. Al llegar el más afortunado, habia ya dejado de existir la princesa, y caido tambien el rey, su padre, como herido de un rayo. Pero ¡justo castigo del cielo!... mientras el lecho de la mártir era rodeado de ángeles, apoderábanse del rey los espíritus del Averno.

No tan conformes como *Silvaninha* y *Delgadina*, de que poseemos hasta tres versiones distintas todas asturianas (1), conciértanse, sin embargo, acusando una misma fuente, los romaces *A Romeira* y *El Honor vengado*, y áun insisten en la misma rima.—Una hermosa niña, que toma en el romance portugués oficio de romera, ricamente ataviada, bajaba sola por una montaña: al llegar al valle, saliale al encuentro un caballero, cuya presencia le infundia grandes temores. Asegurada por éste, mostrábale que iba á bodas de una su hermana, y llegados ambos á una fuente donde se detenian á beber, asaltaba al caballero el deseo impuro de gozarla. Con astucia pretendia primero lograrlo; mas rechazado noblemente, acudia al fin á la fuerza, escudado de la soledad que los rodea. La resistencia de la doncella era tan enérgica como afortunada; pues que habiéndosele caido, en medio de la lucha, la espada al caballero, apoderábase de ella y clavábasela, aunque temblando, con tal fuerza que le salia el hierro por la espalda. La sangre del caballero producia un efecto mágico en la doncella; y cuando sintiéndose morir, le rogaba aquél que no se alabase de haberle dado muerte con sus propias armas, prorumpia en amargo llanto, prometiéndole llevar su cadáver á la iglesia de San Juan, consagrándole sus piadosas preces. Así termina la version asturiana: en la portuguesa dirígese la romera á una cercana ermita, para implorar el auxilio del cenobita que la mora, á fin de dar tierra bendita al cadáver del caballero, mientras declara ella que su fin está muy cercano. Hé aquí cómo el romance acaba:

«Ermitão, per Deus vos peço
bom ermitão d'esta ermida,
tenhais dó d'essa ma alma,
que inda agora se partia:
dat terra benta á seu corpo;
que Deus lhe perdoaria.»

«Portugueza de nazenza» llamó Almeyda Garrett á la bella tradicion de *Helena*, no descubriendo vestigio alguno de ella *«en colecçao castelhana;»* y sin embargo, los valles de Astúrias guardaban hasta dos versiones de esta patética historia, bajo el título de *Arbola*. Esta princesa, que como casi todas las que figuran en los cantos populares es hija de rey, espera en el pórtico (portal) de su palacio la vuelta del conde Alforgo, su esposo, que andaba á caza, cuando sintiéndose acometida de dolores de parto, muestra á la madre de aquél deseos de parir en el alcázar de su padre.—Dominada de torpe ojeriza y movida del feroz anhelo de la venganza, facilita la suegra el intento de Arbola. Mas no bien habia abandonado el hogar de su esposo, fiada en la lealtad de la madre, cuando torna Alforgo á su palacio, ya entrada la noche, rendido de las fatigas de la caza. Con solicitud de amante pregunta por su esposa; mas la malevolencia de aquella misma que debia labrar su dicha, enciende el corazon del conde con el fuego de ponzoñosa calumnia, y escitado á la venganza, parte para el Valledal, cuyo palacio, que era el del padre de Arbola, rodea siete veces, sin hallar quien le abra las puertas. Al cabo ve asomarse una doncella, la cual reconociéndole, le pide albricias, por haber dado á luz Arbola un «fijuelo muy galane.» Irritado más que nunca, replícale el conde, mandando á su esposa que inmediatamente le siga. Opónese al principio el rey, padre de Arbola; pero respetando los derechos de esposo, cede al fin á la cruel intimacion de Alforgo, no sin hacerle responsable de la vida de su hija. Sin sospechar la traicion de que era víctima, y sumisa como siempre á la voz de su esposo, camina tras él en silencio la desdichada princesa por el espacio de siete leguas, llevando en sus brazos al recien nacido infante. El silencio de la desdichada madre llama al cabo la atencion del conde, quien exclama:

—¿Cómo non fablas, mi esposa,
qual me solias fabláre?
—¿Cómo hé de fablaros, conde,
si non puedo respirare?
Los campos, por do pasamos,
regados con sangre vane.

Indiferente al dolor de la desdichada Arbola, prosigue Alforgo su camino, hasta que llegados á una ermita, pide allí la desangrada madre confesion, ya de todo punto desfallecida. Pocos minutos despues espira, no sin espanto del endurecido conde, en cuyos oidos resuena con pavor la triste voz del recien nacido, para bendecir á su madre anunciándole la felicidad eterna, mientras dirigiéndose á Alforgo, le dice:

¡Ay, conde padre, tu dicha,
non sabemos quál seráe;
más yo ¡infelice de mí!...
que voy á la oscuridade!...

(Se concluirá.)

JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS.

(1) Véase el cap. XXII de la segunda parte de nuestra *Historia crítica de la literatura española*, t. VII, página 445.

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

XVII.

UN ENAMORADO.

(Continuacion.)

Le parecia que tenia al lado un lobo humano.

Encontró un no sé qué de relativo entre aquel hombre y el proceso.

Esto era una especie de intuicion.

Crecia su interés por Elena: un interés puro y noble, debajo del cual estaba lo doloroso del sacrificio.

Una historia terrible habia cruzado delante de él, le habia envuelto, le habia hecho uno de sus personajes.

Todo por la atraccion de la melancólica hermosura de una mujer.

Guzman aceptó el papel de que le encargaron la casualidad ó la Providencia, y se preparó á desempeñarle de la manera más perfecta posible.

El hombre con quien hablaba se le habia hecho fuertemente sospechoso.

Indudablemente era un infame.

Fuese por lo que fuese, tenia interés en la suerte del acusado.

Pero Guzman no habia llegado todavía á la última sospecha.

Esto es, á la de que el Pintado fuera el verdadero asesino.

—Y bien, dijo; se hará lo que se pueda: ¡si nada se puede conseguir!... ¡oh! ¡lo sentiré mucho!... ¡esa jóven!... sí. . sí... por su amigo... y despues... ¡oh! yo no sé... pero todo esto me interesa demasiado.

—¡Oh! Elena es una jóven admirable, dijo el Pintado: usted no la conoce aún, y ya se ha interesado usted por ella... cuando usted la conozca más... yo vivo... nosotros estaremos algunos dias en la fonda de las Peninsulares: hemos venido á Madrid sólo porque Elena se distraiga: usted puede venir á vernos cuando quiera...

—¡Oh! con mucho gusto, señor mio: yo vivo en la calle de Don Pedro, núm. 4, con mi tio: mi tio tendrá mucho gusto en conocer á ustedes.

—¡Oh! iremos, iremos.

—Mi tio no es un hombre solo: tenemos con nosotros una anciana parienta... una señora excelente... podemos, pues, recibir señoras... cuenten ustedes con nosotros para el asunto de su amigo: si nada se consigue para él, ya procuraremos consolar á esa viuda del corazon.

Y Guzman, que representaba ya su papel, miró de una manera significativa al Pintado y le engañó.

El Pintado no podia creer en la generosidad del jóven, porque no podemos suponer en los demás lo que no tenemos dentro de nosotros mismos.

—En último caso, dijo el Pintado, creyendo que ya se entendia bien con Guzman, ella es una chiquilla: ha leido muchas novelas, y se le ha vuelto la cabeza: lo que más la seduce en Estéban, en su novio, es la situacion en que se encuentra: de otro modo, ya le hubiese enviado á paseo.

—¡Cómo!

—Estéban es un buen muchacho, pero ligero y caprichoso: ella hubiera acabado por desengañarse: en fin, hagamos todos lo que podamos por el pobre Estéban, y despues... ¿quién sabe lo que tiene dispuesto Dios?

—Es verdad, dijo Guzman; y puesto que hemos hablado ya cuanto teníamos que hablar, adios, hasta mañana: yo me voy al palco de mi vieja prima: vuélvase usted con esas señoras.

El Pintado y Guzman se dieron la mano y se separaron.

—¡Oh! ese hombre es un infame, dijo Guzman cuando hubo dado algunos pasos.

—Ha tragado el anzuelo, dijo por su parte el Pintado. ¿quién sabe si ella?... ¡él es un hermoso chico! vale cien veces más que Estéban: y las mujeres... es necesario proteger estos amores.

Su crimen daba ya mucho que hacer al Pintado.

XVIII.

DE LECHO Á LECHO.

Cuando volvieron á la fonda, Elena dijo:

—Es extraño esto: tengo algun apetito, yo cenaria algo.

—¡Hola! dijo el Pintado, ¿qué variacion es esta? parece que no le ha sentado á usted mal el teatro.

—Me he distraido.

El Pintado llamó y pidió cena para todos.

—Y ha habido quien la distraiga, dijo Gabriela.

—Sí, por cierto: un señorito como yo lo quiero para nuestra hija dentro de doce años.

—Sí, un señor muy amable, dijo Elena.

—Muy buen mozo, añadió Gabriela.

—Y muy fino y muy rico, continuó el Pintado; un marqués dentro de poco, porque es el heredero del marqués de Torrealta, que se está muriendo.

—Yo me alegro de que haya algo que la distraiga, dijo Gabriela; no hemos hablado más de esto: ¿qué te dijo cuando estuvo contigo Juan?

—Poca cosa: está enamorado de Elenita como un loco.

Elena se puso vivamente encendida y suspiró.

—¡Oh! enamorarse, y apenas me conoce.

—Qué quiere usted, Elena: los grandes corazones aman así de improviso, dijo Gabriela.

El pensamiento del Pintado se nubló.

—Yo no creo en eso, dijo Elena; yo no sentí á primera vista por Estéban más que un movimiento de simpatía.

—¿Y qué ha sentido usted cuando la ha hablado, cuando la ha mirado ese jóven? dijo Gabriela.

—¡Oh! contestó Elena.

Y suspiró de nuevo profundamente.

—Sucede muchas veces, dijo Gabriela, que creemos que amamos con toda nuestra alma, y de improviso otro hombre nos hace conocer que nos hemos engañado.

—¡Oh, por Dios! exclamó Elena, que estaba en guardia; déjenme ustedes: yo no sé... yo amo á Estéban.

—¡Y un partido tan brillante! dijo el Pintado.

—¡Déjenme ustedes, déjenme ustedes! exclamó Elena con los ojos llenos de lágrimas.

Pero aquellas lágrimas resbalaron sobre una sonrisa.

Era que tenia una esperanza.

Era que habia descubierto un cuerpo de delito que su instinto le decia volveria á encontrar.

Era que se habia visto admirada por un hombre que le habia parecido noble y leal, y que sin duda era en la sociedad mucho.

Era que despues de largos dias de desaliento y de desesperacion, descansaba un momento.

Concebia una esperanza.

Gabriela y el Pintado se engañaban.

Creyeron que se habia operado un cambio en Elena, y continuaron su trabajo de seduccion durante la cena, que fué servida al momento.

Elena se dejaba persuadir.

Al fin, no pudiendo resistir más su dolorosa ficcion, se levantó de la mesa, y dijo:

—¡Oh, por Dios, no más! ¡yo estoy loca!

Y se metió en su alcoba.

Este habia sido un golpe de efecto.

—¡Oh! ¡Oh! ¡como todas! dijo el Pintado con acento sombrío, y en voz tan opaca que apenas pudo oirla Gabriela: nosotros tenemos tambien que hablar mucho; pero ahí, cuando no pueda oirnos.

Y señaló á la alcoba.

La habitacion era una sala grande, cuyos balcones daban á la calle de Alcalá.

A un extremo tenia una puerta que correspondia á otro cuarto con alcoba.

Aquél era el cuarto de Elena.

Al otro extremo un gabinete con balcon, y frente al balcon una alcoba pequeña, en que apenas cabian dos camas.

—Vé, vé á ver si se duerme, dijo el Pintado.

Gabriela entró en el cuarto de Elena, en la alcoba.

Elena se habia echado vestida sobre la cama; tenia el semblante vuelto á la almohada, y sollozaba.

—Pero ¿qué es esto, hija mia, qué es esto? dijo Gabriela.

—¡Ah! yo no sé, dijo Elena sin levantarse y sin dejar de llorar; pero yo sufro mucho.

—¡Ah! eso sucede cuando nos enamoramos con toda nuestra alma.

Elena se incorporó vivamente.

—Si eso fuese, seria una infamia, exclamó; me despreciaria á mí misma.

—¿Y por qué despreciarse cuando no está en nuestra mano evitar lo que nos sucede? ¿qué querria esto decir? que se habia usted engañado; que no era amor lo que usted habia sentido: nada tiene eso de extraño: el jóven del teatro es...

—¡No hablemos, por Dios, de eso; yo no quiero pensar en eso!

Y Elena empezó á desnudarse.

—¡Y bien! se hace todo lo que se puede por el otro, que bien poco se puede hacer desgraciadamente. Y por lo demás, siga usted á su corazon: el corazon no engaña nunca.

—¡Oh! él confia en mí: él me ama.

—Puede ser que no, exclamó profundamente Gabriela; puede ser que ame á otra... y que sea amado...

—¡Otra! exclamó Elena.

—Si: allí he visto una jóven muy linda, dijo Gabriela cambiando de tono; una criada.

—¡Una criada!

—Sí: Estéban es poco delicado; Estéban no ama en las mujeres más que la hermosura: por el contrario, el jóven de esta noche miraba á usted con adoracion, con una adoracion y un respeto que le salian del alma.

—Sí, es muy fino, muy interesante, dijo Elena con la voz ahogada en lágrimas.

—Y muy guapo: buena diferencia va.

Elena no contestó.

Continuó llorando.

Habia acabado de desnudarse, y se metió en la cama.

—¿Quiere usted que me quede con usted, hija mia? dijo dulcemente Gabriela poniéndola la mano en la frente; tiene usted calentura.

—Sí, sí; pero esto pasará, pasará durmiendo: he sufrido mucho... no se incomode usted, Gabriela: voy á recogerme, á dormir.

—¡Oh! yo vendré de tiempo en tiempo: tranquilícese usted.

Y la besó en la frente.

Elena la besó en la boca.

Gabriela salió.

—¡Oh, Dios mio! murmuró Elena; ayúdame, sálvame; desenmascara á estos infames.

En efecto, la violencia que se habia hecho Elena representando su papel mientras cenaba, cena que no habia sido de parte de ella más que un detalle del papel que se habia impuesto: esta misma cena, que habia sido un exceso, el recuerdo del retrato que habia visto en el medallon, que era á un tiempo para ella la providencial revelacion de los asesinos, al tener la revelacion de su madre; su entrevista en el teatro Real con Guzman, y sus celos, habian producido en ella una fiebre muy violenta que muy pronto la amodorró, la aletargó.

Gabriela volvió á entrar al cabo de algunos minutos, y la contempló sombriamente.

—¡Ah! ¡ah! exclamó. ¡Tú te has enamorado de otro, tú empiezas á sentir la vida! ¡la vida es un infierno para la mujer! ¡súfrela, como la sufro yo! ¡Ah! ¡y si yo estuviera en tu lugar!...

Gabriela salió y cerró la puerta.

—Duerme, duerme como un tronco, dijo; tiene calentura, está amodorrada: podemos hablar sin temor.

—Sí, tenemos que hablar de una manera muy grave, dijo con acento feroz el Pintado.

—Hablemos cuanto quieras, contestó Gabriela sentada frente á frente á su marido; yo no tengo miedo.

—¡No! ¿y por qué, por qué estabas tan turbada cuando saliste de la cárcel?

—Porque me ha dicho que si no voy á verle te lo confesaria todo y se mataria contigo.

—¡Ah! ¿era eso? contestó el Pintado, cuyo semblante se desarrugó.

—¡Sí! ¡eso! yo no sé por qué le quiere Elena: es despreciable.

—¡Ah! ¡Sí, sí, despreciable! él nos ha comprometido á todos... que muera... no hablemos más de esto... tú no volverás á verle... yo... yo no volveré tampoco: á propósito, yo tengo que hacer un viaje... le escribiré...

—¿Que tienes que hacer un viaje?

—Sí.

—¿Y á dónde?

—A los Montes: es necesario enterrar estas alhajas, el dinero de la vieja; no nos descuidemos: hoy he pasado un susto horrible.

—¿Por qué?

—¡El Caballero! ¡ese infame! al salir de la cárcel, se me vino encima, me acechaba; me ha exigido ocho mil duros: me ha amenazado con presentar cuerpos de delito... el hábito y los zapatos que yo llevaba aquella noche.

—¡Oh! no lo hará; no querrá perderse.

—Puede ponerse en salvo y denunciarme por medio de un anónimo.

—¡Oh, Dios mio! ¿y qué hacer?

—El Caballero no espera más que hasta dentro de ocho dias, y dentro de cuarenta y ocho horas estará enterrado.

—¡Oh, Dios mio! ¡otro crímen!

—Es necesario defenderse.

—¿Pero cómo vas á hacerlo?

—Confia en mí: nada se sabrá: una gota de agua que cayó en la mar.

—¡Dios mio, Dios! ¡por qué he venido yo al mundo! exclamó Gabriela.

—Ame tú, que perezca el otro, ¿y qué importa todo lo demás? Yo no habria hecho nada sino se me hubiera provocado: tú no eres tan culpable como pareces, yo era duro contigo... esto ha sido un sueño... un sueño que dura todavía... cuando yo creia que ya no habia cuidado alguno... ¡ah! me alegro de haber venido, nos han avisado... ¿crees tú que habrá reparado Elena en lo que cada uno hemos dicho de la procedencia de las alhajas?

—No, ella está muy distraida pensando siempre en el otro; pero ahora...

—Ahora...

—Se ha enamorado del de esta noche.

—¡Oh! me alegro: yo lo creo tambien: la Elena me daba cuidado; me parecia que nos engañaba, que nos observaba... ¡Oh! y el otro está loco por ella... es verdad; la chica es preciosa...

—Sí, sí, es muy incitante con su dulce mirada, con su triste sonrisa... Juan, los primeros amores de la mujer son siempre un sueño: para amar verdaderamente se necesita haber sufrido desengaños, amarguras... pero dime, dime... ¿piensas hacer eso que dices con el Caballero?

—Sí.

—¿Y no seria mejor darle el dinero que pide?

—Despues nos pediria más... luego más... hasta que nos hubiera robado el pan de nuestros hijos.

—¡Oh, hijos mios!

—Está tranquila: todo va bien: el Caballero nos ha avisado á tiempo; una imprudencia ha servido para advertirnos que esas alhajas en nuestro poder, en nuestra casa, son un peligro: Elena se enamora en el del teatro Real... ¿qué más claro puedes ver que la suerte nos ayuda? Pasado mañana el Caballero no podrá hacernos daño: dentro de ocho dias yo me voy á los Montes, y en lo más embreñado entierro las alhajas y el dinero. Para ese tiempo, estoy seguro que Elena no se acuerda ya de Estéban.

Poco despues, aquellos dos malditos dormian tranquilamente el uno en los brazos del otro.

XIX.

NUEVOS PERSONAJES.

En el momento en que se separó del Pintado, Guzman subió al palco de su prima la duquesa de la Granja.

Era ésta una de esas solteronas que han pasado de los cuarenta, y áun llegado á los cincuenta, que no se rinden y que no confiesan más de treinta años.

No habia sido bonita, pero sí graciosa, y durante mucho tiempo habia sostenido una hermosura artificial á fuerza de cosméticos y drogas.

Pero era ya una ruina visible, y bien visible, denunciada por las arrugas y por el deterioro de la piel, que habia sufrido tanto procedimiento químico.

La duquesa, como todas las viejas verdes, tenia agriado el carácter, y era cáustica y punzante.

No habia querido casarse, aunque le habian sobrado excelentes partidos.

No habia querido sacrificar su libertad, segun ella: otros que se decian bien informados, decian que la explicacion del celibato de la duquesa estaba en un misterio de su historia, y en un misterio lúgubre.

Nadie habia podido hacer hablar á los dos ó tres viejos parientes, que parecian los únicos dueños de este enigma.

Sea como quiera, que un amor malogrado hubiese hecho renunciar á todo otro amor á la duquesa, ó que realmente hubiera querido conservar su libertad, ni la más ligera nube empañaba su reputacion: no se la habia conocido preferencia alguna: para ella no habia habido más que amigos, y éstos severos y de una edad madura.

La casa de la duquesa era severísima.

No entraba allí otro jóven que Guzman, y áun así muy de tarde en tarde, porque le fastidiaba soberanamente su prima.

—Y bien, le dijo ésta, tú vienes abatido, Enrique; ¿te se ha resistido duramente, eh? ¿y qué pájaros son esos?

—¡Ah! Pájaros del *paraiso*, dijo entrando en el estilo de su prima Guzman.

—No salgamos ahora con que has contraido una pasion, Enrique, dijo la duquesa riendo.

—Esa es la frase: una pasion, contestó con una triste seriedad Guzman.

—¡Ah, hijo mio! Sentiria mucho que tuviéramos

que ponerte en cura de una pasion inconveniente, dijo ocultando bajo un aire de broma lo cáustico de sus palabras la duquesa; pero sepamos, ¿cuál de ellas? ¿la rubia sin duda? Mereces una disculpa; es una mujer ideal, excepcional.

La duquesa mantenia sus gemelos sobre Gabriela.

—No, no es la rubia, dijo Guzman: yo no he hablado con ella una palabra.

—Eso no probaria en todo caso sino que eres un buen cazador y te acercas con precaucion y procurando ponerte á tiro sin ser notado: ¡oh! ¡estos horribles libertinos acechan siempre á la mujer casada, prefiriendo el crimen, como si esto fuera una salsa picante!

—Pero tú, Maria, debes tener empañados los gemelos: tú no ves bien.

—¿Pretenderás que la morena es más bella que la rubia?

—Es necesario conceder que las dos, cada cual en su tipo, son arrebatadoras; pero no es eso: ¿tú no has visto lo que tiene para mí de más interesante la morena que la rubia?

—¡Oh, sí! Que una soltera ofrece ménos dificultades que una casada; porque si no me equivoco, la morena es soltera, y casada la rubia.

—Efectivamente; pero insisto en que no ves bien.

—¿Y qué más hay que ver?

—Tú te has olvidado de los muertos, hasta el punto de no recurrir á su retrato para recordarles.

La duquesa miró entónces con una gran fijeza á Elena.

—Yo, que no puedo acordarme de tu cuñada Mercedes de Valdés, la esposa de tu difunto hermano, me he detenido muchas veces en la galería de retratos de tio Pedro, delante de un magnífico retrato de tu cuñada Mercedes.

La duquesa, que no habia dejado de mirar á Elena, se puso pálida.

—¡Vah! dijo con la voz insegura en la que no se notaba ya el más leve acento burlon: una casualidad, una vaga semejanza.

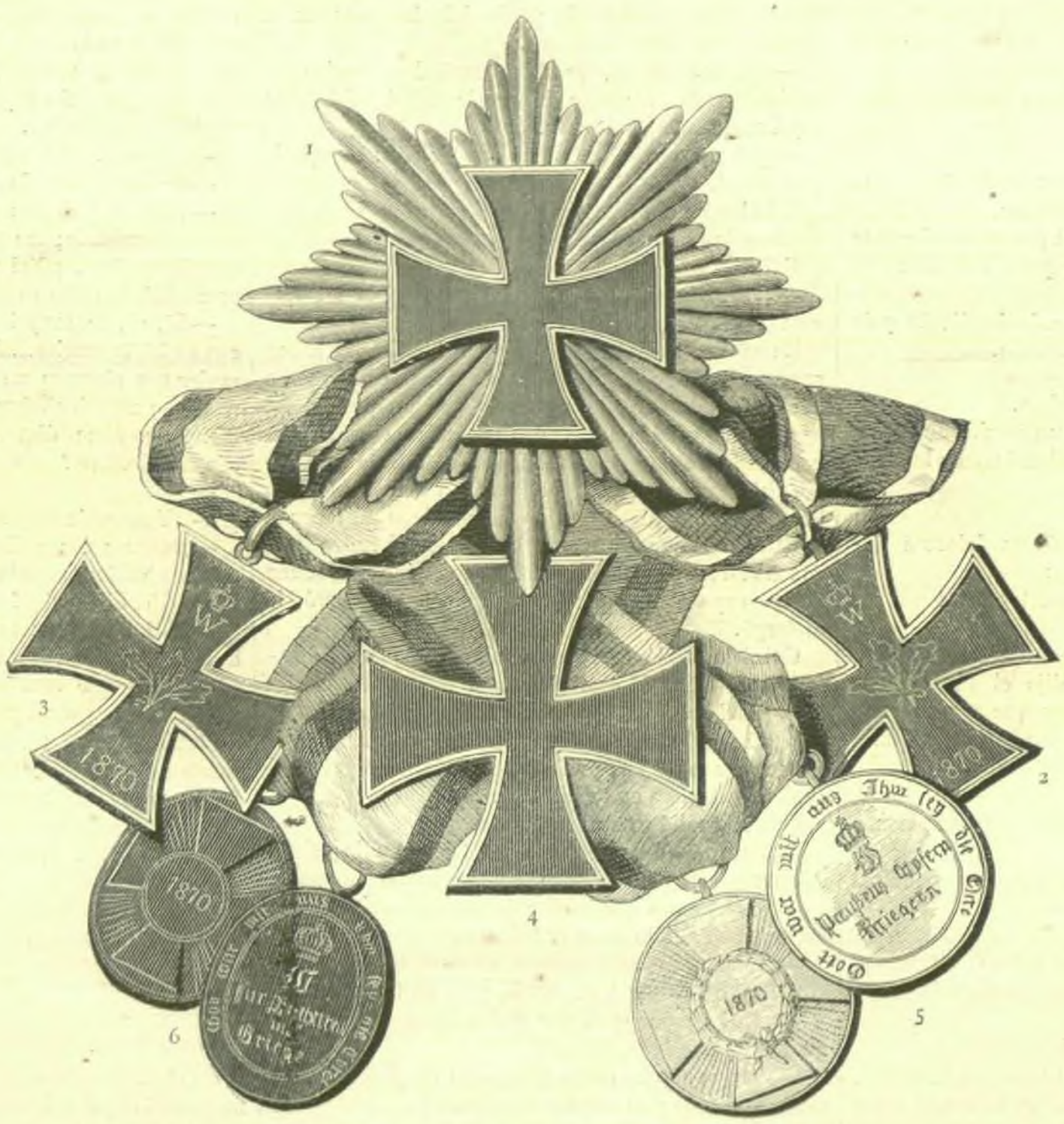
—Una semejanza perfecta, Maria: ¡si tú la hablases! ¡si repararas en su mirada!... ¡Ah! no, no; la mirada es casi siempre una revelacion: yo no tengo duda de que esa jóven es sobrina mia en segundo grado.

—Sí, si es posible; pero nuestro buen tio Antonio fué muy dado á las hijas de Eva, y áun ántes de casarse con ella hizo muy desgraciada á la pobre Mercedes: esa chica, no hay duda...

—Pero tú te embrollas, Maria: si esa jóven se pareciese á tio Antonio, tendrias razon... pero es el caso que se parece á su mujer... á Mercedes.

—Tio Antonio no tuvo hijos de su matrimonio: Mercedes murió dos años despues de casarse...

—Entónces tú acusas á tu cuñada... Tú, reconociendo la absoluta semejanza de esa jóven con ella, añadiendo que tu hermano no tuvo de ella hijos, vienes á parar irremisiblemente á que Mercedes tuvo á esa niña ántes de casarse con tu hermano.



LA GUERRA.—LA CRUZ DE HIERRO.—Condecoracion prusiana creada en 1813 y restablecida el 19 de julio de 1870.

—Y bien... ¿quién sabe? exclamó con acento repugnante la duquesa, que de momento en momento estaba más pálida y miraba con mucha más insistencia á Elena.

—Yo no quiero creerlo, dijo Enrique: yo prefiero suponer un misterio...

—¡Si! una novela, contestó ágriamente la duquesa: un cuento romántico...

—Sea como quiera, esa jóven toca en alguna manera á mi familia, dijo Enrique, que hablaba siempre afablemente con su prima: cuando la vi me llamó la atencion, la reconocí, aproveché la casualidad de haber á su lado un lugar vacío...

—Sí, sí, y entablaste con ella una conversacion que ella no te ha hecho difícil, dijo ágriamente la duquesa, y la habrás dicho...

—Ni una palabra acerca de lo que yo habia observado... Me he mantenido en términos generales: nos hemos ocupado de la ópera, de Verdi, y ella me ha revelado en sus apreciaciones un gusto exquisito.

—¿Tendremos, puede ser, una artista en agraz, que puede ser que un dia tengamos ocasion de admirar? dijo con una acritud ya agresiva la duquesa.

—Yo creia, dijo Enrique sin abandonar lo cortés y lo afectuoso de su conversacion, que tú podrias darme alguna luz acerca de la historia que yo entreveia.

—Pues nada, absolutamente nada, hijo, contestó la duquesa: para mí la tal historia no existe: lo que yo sé decir es que esa jóven *no es ni puede ser hija de mi hermano.*

La duquesa pronunció de una manera singular las palabras que hemos puesto en bastardilla.

—Y bien: ello es que este encuentro me ha conmovido, y que me siento mal.

—¡Válgame Dios, el interés romancesco que inspira una jóven misteriosa! ¿Pero tú no has procurado saber de una manera hábil de quién es hija?...

—Sí, ella se cree hija de *un cirujano comadron.*

Guzman pronunció con una acentuacion particular las últimas palabras.

—Lo que nada prueba, se apresuró á decir la duquesa: y en último caso, sacando una consecuencia de lo de *comadron*, esto seria desfavorable á Mercedes.

—Pero concédeme que esa jóven debe serme interesante.

—Concedido y aprobado, dijo la duquesa, con tal que esa curiosidad no te salga cara.

—¡Oh, no! Todo podria concluir con un casamiento, y esto es imposible: esa jóven está enamorada con toda su alma: adios, Maria: estoy preocupado, y me voy á casa.

—Adios, hombre, aliviate: ve á casa mañana: quiero saber si te se ha pasado la enfermedad.

Guzman salió.

La duquesa se quedó murmurando y mirando de una manera tenaz á Elena á través de sus gemelos.

—¡Ella es! ¿De dónde sale? ¡Se la creia muerta, perdida! ¡Oh! ¡sí! ¡sí! ¡es ella, es ella, no hay duda! ¡Hay que averiguar, hay que impedir!

Y la duquesa abandonó el teatro pocos minutos despues que Guzman.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

La Empresa de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA anunció á su tiempo que habia montado un establecimiento tipográfico, con arreglo á los mayores adelantos del extranjero, para imprimir este periódico, así como LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA, en las condiciones de belleza que exijen las mejores obras de esta clase. Conseguido su objeto de la manera que el público ha podido apreciar, experimentaba la Empresa, sin embargo, una duplicacion de atenciones, que más ó menos pronto habia de influir en perjuicio de la marcha ordenada que siempre ha procurado observar en sus negocios.

Conciliando, pues, ambos extremos, acaba de celebrar un contrato con el acreditado impresor de esta córte, don Tomás Fortanet, el cual, secundado por su hijo don Joaquin, cuya educacion tipográfica se verificó en las mejores imprentas de Francia, toma á su cargo la impresion de uno y otro periódico, con las máquinas, tipos y demás enseres que LA ILUSTRACION habia adquirido exprofeso. Esto explica la variacion del pié de imprenta que hoy aparece, y con la cual el público ha de salir ganancioso en la parte artística de nuestras publicaciones.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.